

CONTENIDO

ENTRE LA COCA Y LA COCAÍNA

*Un siglo o más de las paradojas de la droga
entre Estados Unidos y el Perú, 1860-1980*

Paul Gootenberg

Departamento de Historia

SUNY - Stony Brook

DOCUMENTO DE TRABAJO N° 131

ENTRE LA COCA Y LA COCAÍNA	5
1860-1910: DE LA COCA A LA COCAÍNA COMO MERCADERÍA	7
LA COCAÍNA EN DESCENSO, 1910-1940	16
DE LA PROHIBICIÓN GLOBAL A LA COCAÍNA ILÍCITA (1940-1970)	27
Secuelas y efectos secundarios	32
BIBLIOGRAFÍA CITADA	43

Serie: Historia 25

ENTRE LA COCA Y LA COCAÍNA

*Un Siglo o Más de las Paradojas de la Droga entre Estados Unidos y el Perú, 1860-1980**

© Instituto de Estudios Peruanos, IEP
Horacio Urteaga 694, Lima 11
☎ 332-6194 / 424-4856
Fax (51 1) 332-6173

ISSN: 1022-0356 (Documento de Trabajo IEP)
ISSN: 1022-0402 (Serie Historia)

Impreso en el Perú
setiembre, 2003
300 ejemplares

Hecho el depósito legal en la
Biblioteca Nacional del Perú: 1501052003-4963

GOOTENBERG, Paul

**Entre la coca y la cocaína: un siglo o más de las paradojas de la droga
entre Estados Unidos y el Perú, 1860-1980.** Lima: IEP, 2003. (Documento
de Trabajo, 131. Serie Historia, 25)

COCA/COCAÍNA/DROGAS/HISTORIA/SIGLO XIX/SIGLO XX/
USA/PERU

WD/01.04.03/H/25

LA COCAÍNA tiene una historia larga y, en su mayor parte, olvidada. Durante el último siglo ésta ha girado, las más de las veces, alrededor de las relaciones entre Estados Unidos y la república andina del Perú.¹ Este ensayo examina el eje EEUU-Perú a través de los tres grandes marcos o procesos históricos que precedieron —y que de alguna manera influyeron— a las «guerras antidrogas» de los últimos veinte años. En cada etapa me centraré en los cambiantes intereses, señales o designios que tiene y ha tenido EEUU hacia la coca y la cocaína andinas, y lo haré considerando no sólo los contextos globales y los circuitos en competencia de cocaína que medían entre las fuerzas y los flujos transnacionales,

* Este debate apareció previamente en el «Working Paper Series, N.º 251», del Latin American Program, The Wilson Center, Washington, D.C. 2001. Agradezco al Wilson Center y en especial, al Programa de América Latina por su hospitalidad durante el año 2000; a Julio Cotler (Instituto de Estudios Peruanos) por su comentario, a los colegas y amigos en la investigación principal presentada por este ensayo. Laura y Karla Sainz de la Peña corrigieron el texto en castellano.

1. Dichas relaciones permanecen en su mayor parte *desconocidas*. Este ensayo proviene de un proyecto de trabajo de archivo más amplio que permita develar esta historia escondida. En el caso de EE.UU., contamos ahora con el extraordinario estudio de Joseph Spillane, *Cocaine: From Medical Marvel to Modern Menace in the United States, 1884-1920* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2000); para una mirada global, Paul Gootenberg (ed.), *Cocaine: Global Histories* (Londres: Routledge UK, 1999), como antecedentes, Steven B. Karch MD, *A Brief History of Cocaine* (Boca Ratón: CRC Press, 1998). Una fuente confiable sobre temas transnacionales es William Walker III, *Drug Control in the Americas* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1981).

sino también en la dinámica respuesta peruana a los desafíos estadounidenses sobre las drogas. Sin duda, cada periodo dejó sus legados, y paradójicas, además, durante todos y cada uno de ellos se fue perfilando la cocaína, en forma progresiva, como una droga global, ilícita y peligrosa.

Éste, sobre todo, es un ensayo sintético que trata de aclarar un vasto conjunto de nuevas investigaciones de archivos. Con todo, cabe aclarar que, la historia de las drogas es también un terreno fértil para probar nuevos métodos o acercamientos desde las ciencias históricasociales. Vale la pena mencionar dos de estos acercamientos. Primero, este ensayo hace uso de la «nueva historia internacional», la cual está tratando de superar las dicotomías académicas tradicionales que se han dado entre los actores «nacionales» y los «foráneos», entre las geografías de poder dominantes y las dependientes, así como entre las dimensiones económicas y culturales de los eventos y las relaciones transnacionales. Espero poder señalar lo que hay detrás y más allá de la historia diplomática oficial sobre el «control de drogas». Segundo, este ensayo comparte ampliamente lo que puede denominarse una visión política o social «constructivista» de los regímenes de la droga, el cual es, en esencia, un acercamiento que posee sus raíces en diversos «estudios sobre drogas». Además, cabe aclarar que, no sólo las políticas oficiales sobre las drogas son en gran medida creadas, condicionadas y transformadas históricamente, también lo son nuestras actitudes básicas hacia éstas (amigas o enemigas, legales o ilícitas, locales o foráneas), hacia sus distintos usos sociales y efectos, e incluso hacia los cambiantes patrones de oferta y demanda. La historia de las drogas, incluyendo la de la cocaína, se enfoca más en nuestras cambiantes relaciones sociales con las sustancias que alteran la mente, que con las rígidas reglas de la química de las drogas o la moral actual.²

2. Para una mirada sobre esta nueva historia internacional, remítase a las siguientes antologías: Gilbert Joseph, C. LeGrand, R. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Culture History of U.S.-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998); Amy Kaplan y D. Pease (eds.), *Cultures of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993); Frederick Cooper y A. Stoler (eds.), *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World* (Berkeley: University of California Press, 1997). Para un mayor análisis del «constructivismo» y los estudios sobre drogas, véase P. Gootenberg, «Cocaine: The Hidden Histories» en *Cocaine: Global Histories*, pp.7-8, 13. Ésta es una mirada a muchas fuentes que van desde la antropología (etnobotánica clásica) a la escuela

Las tres fases exploradas en esta genealogía de la cocaína son: 1) 1885-1910: la promoción de las redes interamericanas de la coca y la cocaína (un periodo inicial cuando EEUU y Perú trabajaban hombro a hombro para convertir a la cocaína en una mercancía médica moderna y global). 2) 1910-1940: una era de transición en la que EEUU cambió de opinión y lanzó una cruzada nacional y mundial para proscribir la droga (mientras que el Perú mostró mayor autonomía, ambivalencia y crisis cultural hacia su coca y cocaína nacionales). 3) 1940-1980: época en la que las «prohibiciones» a la cocaína contemporánea tuvieron un alcance global, acompañadas por un alto grado de cooperación entre EEUU y Perú. Sin embargo, este periodo y proceso final también fue testigo del nacimiento de las redes internacionales ilícitas de la droga y, con ellas, de los persistentes y completamente paradójicos dilemas en torno a las drogas que enfrentaría EEUU a finales del siglo xx.

1860-1910: DE LA COCA A LA COCAÍNA COMO MERCADERÍA

Hacia 1860, la cocaína cristalizada de la hoja de coca peruana fue ampliamente admirada como el alcaloide «milagroso» y moderno de fines del siglo xix. En 1900, Estados Unidos se había convertido en el mayor consumidor y promotor del mundo de ambos productos, la coca y la cocaína, para una amplia gama de usos médicos y populares. La hoja de coca primero se difundió inspirada por un lujoso tónico francés y una creciente confianza pública y científica en sus cualidades activas. Durante la década de 1860, destacados médicos estadounidenses, como William Searle, intercambiaron notas y coca fresca con sus contrapartes peruanas. El *Erythroxylon coca*, un estimulante suave y complejo comparable al té o al café, fue adoptado terapéuticamente por una variedad «eclectica» de estadounidenses y hombres de la medicina herbolaria, así como por compañías farmacéuticas, para un amplio rango de dolencias, reales e imaginarias. Culturalmente, la coca se convirtió en el antidoto para la condición más emblemática de la era dorada estadounidense —la «neurastenia»—, el nerviosismo crónico asociado con el paso acele-

conductista del *set* y el *setting* de la droga de Norman Zinberg, hasta el postestructuralismo de hoy día. *The Social Construction of What?* del filósofo Ian Hacking es un correctivo al constructivismo no reconstruido (Cambridge: Harvard University Press, 1999).

rado del urbanismo y la modernidad competitiva. Inspirado en innumerables tónicos y «medicinas de patente» de la época, el romance de Estados Unidos con la coca se immortalizó en la «Coca-Cola», producto creado en Atlanta en 1886 y que, para 1900, logró convertirse en una de las mercancías más exitosas y exportables del mercado jamás creada.³ Hacia 1900, EEUU importaba de 600 a 1,000 toneladas métricas de coca al año, principalmente para el mercado de consumo y que provenía sobre todo del Perú. Todavía se puede sentir el encantamiento estadounidense inicial con la coca en la clásica defensa del doctor W. Golden Mortimer, *History of Coca: «The Divine Plant» of the Incas* (1901).

La cocaína, la que es un producto derivado de la coca, fue una moderna maravilla médica: la primera droga cuyo perfil salió de la naciente ciencia del laboratorio. Sus usos médicos, especialmente en cirugía, tuvieron gran auge hacia finales de 1884, luego de las noticias de sus poderes como anestésico local. La cocaína revolucionó la anestesia y, por tanto, las operaciones que hasta entonces eran sumamente delicadas, como era el caso de la cirugía ocular. A finales de la década de 1880, gran cantidad de médicos y farmacéuticos estadounidenses, siguiendo el ejemplo europeo, experimentó con cocaína y difundió sus posibles aplicaciones, tanto en foros comerciales, tales como la *Therapeutic Gazette* de Detroit, como en foros formales, como la New York Academy of Medicine. Durante algún tiempo, la cocaína desató importantes debates como cura para un sinnúmero de afecciones corporales y mentales: la cólera, la adicción al opio, la fiebre del heno, la epilepsia y la melancolía, por mencionar sólo algunas. Durante el cambio de siglo, las principales compañías farmacéuticas estadounidenses, como Parke-Davis & Co., Schlieffelin & Co., Mallinckrodt Chemical Works, Merck de Nueva Jersey, rápidamente se volvieron líderes en la producción de cocaína, comercializando de cinco a seis toneladas de ésta al año; aproximadamente una tercera parte de la oferta mundial. La cocaína —que era más

3. Mark Pendergrast, *For God, Country and Coca-Cola* (Nueva York: Scribner, 1993), cap. 2. para entender la cultura estadounidense de la coca; W. Golden Mortimer, *History of Coca: «The Divine Plant» of the Incas* (Nueva York, 1901), reimpresso Fitzhugh Ludlow Memorial Library, San Francisco 1975; W.S. Searle, MD., *A New Form of Nervous Disease Together with an Essay on Erythroxyton Coca* (Nueva York: Fords, Howard & Hulbert, 1881); Tom Lutz, *American Nervousness 1903: An Anecdotal History* (Ithaca: Cornell University Press, 1991).

pura, más poderosa, más «científica» que la coca— fue alabada por algunas de las figuras más prominentes de la medicina estadounidense, como William Hammond y William S. Halstead. No obstante, los doctores también desarrollaron una visión cautelosa de los peligrosos efectos secundarios de la droga y, en la década de 1890, surgieron advertencias y temores de otro tipo de uso por parte de aquellos que buscaban emociones —los «cocainómanos»—, quienes pronto descubrieron los usos recreativos de ésta (ya sea por inyección o inhalación).⁴

Estados Unidos, a través de una variedad de señales e instrumentos, buscó estimular la producción peruana de coca (y, aunque menos, de cocaína manufacturada). A mediados de 1880, el febril interés de la ciencia y la industria estadounidense se filtró con rapidez en los doctores, estadistas y capitalistas peruanos. La armada y los cónsules estadounidenses en los Andes trabajaron para asegurar las rutas de abastecimiento de coca durante la gran escasez de la hoja y la crisis de precios de 1884-1887. Tiempo después, los agregados comerciales en Lima contactaron a los productores locales de cocaína para diversificar sus negocios y ayudaron a que los peruanos mejoraran, tanto la forma en que se procesaba la coca, como las prácticas de embarque. Un cónsul estadounidense asignado a la región trabajó para promover el uso de la coca entre los estadounidenses del norte (a quienes llamaba «Gente Blanca») como un sustituto saludable de su vicio favorito, el whisky. A mediados de la década de 1880, Parke-Davis & Co. envió a Henry Hurd Rusby, el principal etnobotánico estadounidense, a una legendaria misión por los Andes, para revisar los suministros seguros y estudiar las terapias indígenas realizadas con la coca, el primero de los muchos intereses que Rusby poseía hacia la coca.

Las revistas sobre comercio de drogas debatían sobre la posibilidad de cultivar coca más cerca de EEUU o incluso dentro del país, aunque este discurso disminuyó en la medida en que el Perú demostró amplia

4. Spillane, *Cocaine*, cap. 6, estudia cómo la coca se va convirtiendo en un «demonio». Las publicaciones médicas de fines de 1880 (por ej. *New York Medical Journal*, 1884-1890, especialmente The New York Academy of Medicine, 26 de noviembre de 1889, «The Indiscriminate Use of Cocaine», un simposio) ya habían señalado los peligros potenciales, así como su uso no médico.

capacidad para satisfacer las crecientes demandas estadounidenses.⁵ (Como dato curioso, incluso el joven «Mark Twain» soñó con hacer fortuna cultivando coca.) De hecho, no se necesitaba mucho empuje para ello, ya que después de 1898 Sudamérica giró hacia la creciente esfera del comercio informal estadounidense. Ciertamente, a mediados de la década de 1890, los intereses estadounidenses en la cocaína, mediante fuerzas políticas, discriminaron abiertamente a la naciente industria de la cocaína peruana, al conseguir que las tarifas estadounidenses favorecieran a los productores nacionales de la droga y a sus codiciados insumos de hoja de coca e importaciones sobre las drogas ya refinadas.

Sin embargo, EEUU no era, ni con mucho, el único poder detrás de la cocaína, pues competía con una vibrante ciencia que iniciaba y derraba una «cadena mercantil» que ligaba la Europa germánica con los Andes. A mediados del siglo XIX, los germano-austro-suizos cruzaron los Andes y revivieron el interés europeo, por mucho tiempo aletargado, en la coca, pero ahora lo hacían para un mundo industrializado.⁶ Los farmacólogos alemanes ordenaron suministros de coca fresca del Perú para sus vanguardistas laboratorios durante la misión naval austriaca *Novara* de 1859; después, Albert Niemann (entre otros) pronto reclamaría el crédito de «descubrir» el más activo de los alcaloides, la *Kokain*. Las primeras celebridades médicas asociadas con la droga en la década de 1880 fueron germanas: el doctor Karl Koller (en anestesia) y el joven Sigmund Freud (como psico-farmacólogo y ávido usuario). Asimismo, fue una firma alemana, E. Merck, de Darmstadt, la que se ganó su nombre haciendo

5. H.H. Rusby, *Jungle Memories* (McGraw-Hill, 1933), capítulos. 1 y 8; el semanario de Nueva York, *Oil, Drug and Chemical Reporter* mantuvo una mirada vigilante sobre el comercio; los Archivos Nacionales de EE.UU, RG 59 (Microfilm, Informes Consulares de Lima/Callao), Vol. 13, «On the subject of Cocaine» 4 de abril, 1891; Armada de EE.UU, *Sanitary and Medical Reports* (Washington, 1875), «Report on Coca or Cuca», 675-676; Consul-Gen. Gibbs, «The Coca plant», *Leonard's Illustrated Medical Journal*, abril, 1886; C.J. DuPré, Cónsules de los EEUU, 78, mayo de 1887 citado en *American Druggist* 16, N° 9 (1887); Mark Twain, «The Turning Point in my Life» 1910, en J. Strausbaug y D. Blaise (eds.), *The Drug User* (Nueva York: Blast Books, 1991), 148-150.
6. Para el abordaje sobre la cadena de bienes de «Wallerstein», véase Gary Gereffi y Miguel Korzeniewicz (eds.), *Commodity Chains and Global Capitalism* (Westport CT: Greenwood Press, 1994); para un abordaje antropológico transnacional que vincula poder y culturas, véase Sidney Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History* (Nueva York: Viking Penguin, 1985).

de un excelente hidrocloreto de cocaína, su principal producto de línea en la década de 1890. Hamburgo se convirtió en el verdadero centro de compras de cocaína de todo el orbe y para 1900 los farmacéuticos alemanes se unieron en un formidable «cartel» que manejaba los inestables precios y las ganancias de la cocaína a escala mundial.⁷ (Los franceses, a la popular *Vin Mariani* con base en la coca, y los ingleses, con el imperial Kew Gardens, también tuvieron alguna influencia, aunque estuvieron más centrados en las culturas neoincaicas de la coca y la botánica de la hoja de coca, utilizadas por individuos con personalidades tan diversas, entre las que se podían encontrar desde cantantes de ópera hasta ciclistas de carreras).

El nexo alemán llegó lejos en el Perú. Los mejores comerciantes y productores farmacéuticos de coca limeños tenían nombres alemanes. Fue un alemán, Arnaldo Kitz, quien viajó en 1888 al Perú para encontrar campesinos austriacos (en la perdida colonia amazónica de Pozuzo) y creó una nueva industria de la cocaína —«ahí mismo»— en los Andes orientales, tierra ancestral de la coca. Los británicos en la India, así como los franceses y holandeses, rápidamente iniciaron experimentos botánicos y comerciales de plantaciones de coca, pero los abandonaron (o así parecía) cuando el Perú, en 1890 y bajo la tutela germánica, los contrarrestó aquellos con exportaciones confiablemente más baratas de «cocaína cruda». El nexo alemán de la cocaína sobrevivió hasta el siglo XX. Hamburgo suministraba al mercado gran parte de la cocaína peruana legal para refinarla (mientras que Nueva York importaba la coca), así que durante la primera Convención Internacional sobre Narcóticos (1912), y aún después, la política estadounidense señalaría a Alemania como el principal obstáculo para los controles globales de la cocaína.

Las respuestas peruanas a estas fuerzas mundiales demostraron ser cruciales para hacer de la cocaína moderna una mercancía global. A fi-

7. La cocaína fue un descubrimiento múltiple, los otros fueron Gaedcke y un oscuro farmacéutico italiano (Pizzi) en La Paz. Karl Scherzer, *Narrative of the Circumnavigation of the Globe by the Austrian Frigate Novara* (Londres: Saunders, Oatley & Co., 1861), vol. 3; Richard Friman, «Germany and the Transformation of Cocaine» en *Cocaine: Global Histories* (1999); Robert Byck, (comp.), *The Cocaine Papers by Sigmund Freud* (Nueva York: Stonewall Books, 1974) (revelación: el doctor Freud era mi tataratío materno); en Kitz, *et al.*, P. Gootenberg, «Rise and Shine of a National Commodity: *Peruvian Cocaine*, 1885-1910» Ms., Wilson Center, marzo 2000.

nales del siglo XIX, el Perú era una tierra pobre, étnicamente fracturada y económicamente devastada, que apenas se recobraba de los numerosos desastres de sus primeras seis décadas de vida independiente. En esa época, la planta de coca estaba muy asociada con el «mascado» tradicional de la hoja entre la gran mayoría indígena andina, costumbre que, sin embargo, era vista de modo ambivalente por la elite blanca de la costa. En la década de 1860, los intelectuales y hombres de medicina peruanos, como M.A. Fuentes, J.C. Ulloa y el doctor Tomás Moreno y Maíz, empezaron a revalorizar en forma activa la coca nativa como algo bueno y como un tesoro dormido, gracias al impulso de la creciente curiosidad de la medicina europea en ella. A mediados de 1880, luego de la catastrófica Guerra del Pacífico con Chile, el movimiento médico y de promoción de la *cocaína* en la región, se unió con rapidez al próspero interés científico y al florecimiento comercial extranjero. Las novedosas investigaciones químicas y terapéuticas del farmacéutico limeño Alfredo Bignon —un verdadero caso de «excelencia científica en la periferia»— dieron como resultado que, en 1885, surgiera no sólo la «Comisión de la Cocaína», con intereses médicos y de promoción de la droga, sino también diversos rivales comerciales (un puñado de talleres de exportación de cocaína en la capital). Esto llamó la atención de las autoridades peruanas, las cuales convocaron a un panel sobre la cocaína.

La posterior «Comisión de la Coca» de Ulloa de 1888, incitaba en forma terminante la producción peruana de la droga para exportar «cocaína cruda», y no sólo coca, elixires de coca y similares. Asimismo, demandaba un mayor rango de pasos proactivos para difundir los usos y la popularidad de la coca en el exterior: hacer de la coca un bien «higiénico» (saludable) masivo para los trabajadores del norte. La coca peruana sería el «café o té» del siglo por venir. Las luminarias intelectuales del país, como el sociólogo Carlos Lissón, también tuvieron mucho peso en la modernización de la cocaína, así como lo hicieron los primeros promotores del desarrollo amazónico.⁸ Por entonces, las actividades estaban bien encaminadas.

8. Para Bignon y la ciencia local de la cocaína, P. Gootenberg, «From Imagining Coca to Making Cocaine» Ms. (Washington, DC: Wilson Center, abril 2000) o *La Gaceta Médica del Perú* y el *Boletín de la Academia Libre de Medicina de Lima* (1885-87); J.C. Ulloa, N. Colunga y J. de los Ríos «Informe sobre la Coca», en *La Crónica Médica* (1889), pp. 27-31; Carlos Lissón, *Breves Apuntes sobre la*

El Perú se convirtió, en este nuevo mercado, en el mayor abastecedor de coca y cocaína durante la década de 1890, hasta su saturación alrededor de 1905. La producción de cocaína, basada en los métodos de Bignon, se diseminó desde Lima a todas las regiones del país donde la coca prosperaba: el norte del departamento de La Libertad, el Pozuzo amazónico, los trópicos del sur de Cusco y Huanta, así como en Huánuco en los Andes centrales. En 1900, Huánuco —la provincia y el pueblo— emergió como la capital de la cocaína peruana legal, vinculada con las plantaciones de coca en plena actividad del fértil distrito Chinchao-Derrepente, en la adyacente «Montaña» —las faldas de los Andes tropicales— del valle del río Huallaga. Un programa gubernamental de colonización provocó una pequeña ola de migración al valle (y a Monzón, ubicado en la frontera) de campesinos de coca, generando un incremento mayor en el trabajo y la influencia de las haciendas existentes. Hacia 1900, en el clímax de su comercialización, los productos de coca alcanzaron el quinto lugar entre las exportaciones más lucrativas del Perú: unos dos millones de libras de coca (enviada en su mayoría a los estadounidenses) y más de diez toneladas métricas de cocaína (destinadas principalmente a Alemania).⁹ Las hojas provenientes de Huánuco y del norte de Trujillo se volvieron mercancías de marca en los mercados medicinales del mundo, dejando de lado a las variedades bolivianas y cusqueñas, las cuales fueron restringidas a los mercados tradicionales. Los empresarios inmigrantes, franceses, alemanes y un círculo de croatas en Huánuco, ayudaron a iniciar el procesamiento de cocaína en el Perú, trabajando en alrededor de dos docenas de pequeñas fábricas y empleando tanto herramientas como técnicas locales. El producto impuro de exportación —sulfato de cocaína o cocaína cruda— era parecido a la «pasta básica» ilegal de la selva que se fabricaba en la década de 1980, pero a diferencia de ésta, se enviaba a refinar y a los mercados médicos de las firmas far-

Sociología del Perú en 1886 (Lima: Imp. Gil, 1887), pp. 63-69; Mariano Albornoz, *Breves Apuntes sobre la región Amazónica* (Lima: Imp. El Progreso, 1885), pp. 36-37. Sobre la ciencia nacional, véase Marcos Cueto, *Excelencia Científica en la Periferia* (Lima: Grade, 1989).

9. P. Gootenberg, «Rise and Shine of a National Commodity» (estudio basado en los archivos regionales de Huánuco); véase Alejandro Garland, *El Perú en 1906* (Lima: Imp. del Estado, 1907), pp. 180-182, 213, para el sector; si bien fue altamente estimada y tuvo un rápido crecimiento inicial, la coca/cocaína nunca excedió el 5 por ciento de las exportaciones nacionales de ese momento.

macéuticas legales en el centro, en lugar de a los laboratorios clandestinos y a los contrabandistas de Colombia. Después de 1900, los respetados clanes comerciales de la región se consolidaron y fueron la punta de lanza de esta industria; como ocurrió con el de los Pinillos y el de Vergil en el norte, el poderoso y siempre político clan de Augusto Durand en Huánuco, quien fuera uno de los caudillos y políticos más conocidos del Perú. El circuito del norte de Trujillo se especializó cada vez más en la venta de hoja de coca para EEUU y se convirtió eventualmente en el abastecedor privilegiado (vía Maywood Chemical Co. de Nueva Jersey) de la *Coca-Cola*, aunque ésta sería una bebida descocainizada luego de 1903. En particular, la industria de la cocaína de Huánuco se tornó en el bastión de un polo regional y político en expansión, integrando las laderas tropicales de la amazonía del Huallaga a los mercados de la droga, a las casas de comercio de drogas y pronto a los aficionados a la «nieve» y a los reformadores antinarcóticos a lo largo y a lo ancho del mundo.

Se invirtieron grandes esperanzas en la cocaína peruana (sin alusiones). La cocaína, en palabras del estadista Alejandro Garland, era la «industria peruana en esencia». La cocaína fue muy valorada porque fusionó la ciencia occidental «moderna» y el comercio liberal con un antiguo recurso nacional aletargado, la hoja de coca peruana. La coca significó uno de los regalos más maravillosos que el Perú podría ofrecer al mundo e incluso su variedad nativa se incrementó con los nuevos usos europeizantes (¿acaso los pueblos andinos no los habían descubierto primero?). La cocaína incorporaba las postergadas esperanzas nacionales de industrialización,¹⁰ combinando un monopolio mundial «natural» con la prueba de lo que podían lograr los peruanos innovadores, sin usar el viejo y conocido recurso de la intervención del gobierno central. En parte, tales asociaciones positivas y positivistas reflejaban cómo la cocaína —que hacia 1900 se había convertido en la milagrosa droga del siglo XIX en decadencia — era vista en el mundo con una fuerte dosis de orgullo nacional.

10. P. Gootenberg, *Imagining Development: Economic Ideas in Peru's 'Fictitious Prosperity' of Guano* (Berkeley: University of California Press, 1993); esta noción está desarrollada también en JoAnn Kawell, «The Essentially Peruvian History», Ms. sin publicar, Berkeley, 1997.

Así, cuando entre 1900 y 1920 la cocaína empezó su transformación en el mundo externo —pasó de ser una droga milagrosa a droga paria, de ser una mercancía en auge a una ilícita e indeseable— sus legados fueron paradójicos. El principal de ellos fue la existencia operativa de los circuitos globales de cocaína como mercancía: el circuito EEUU-Andes y el distintivo vínculo europeo que ahora debía ser limitado o suprimido. La preferencia de Estados Unidos por la hoja de coca —amplificada a través del lente arancelario— fue atendida fundamentalmente a través de las corrientes informales de comercio con el Perú. La cocaína ganó su lugar como «la primera droga global moderna», no sólo por su gran alcance geográfico, sino también por sus amplias consecuencias culturales.¹¹ En una generación, la cocaína se transformó en los círculos médicos occidentales, y de ser una posible panacea moderna se convirtió en una «manía no científica», amén de que pasó de ser la esperanza de los exhaustos «trabajadores intelectuales modernos» a la ruina de nuestros sectores criminales, «mujeres fáciles» (por ejemplo, trabajadoras del sexo), minorías raciales despreciadas y todos los que entraran dentro de la categoría de los «otros».

Una paradoja en esta compleja transformación fue que la coca —un objeto relativamente benigno, de uso popular difundido y una posible alternativa a la cocaína— fue envilecida por los mismos círculos médicos, profesionales y gubernamentales que, con poco disenso, se volvieron contra ella. Otra cuestión irónica se observa en la forma en que EEUU, el consumidor más ávido de tales sustancias, se transformó con rapidez en el líder más apasionado y comprometido del mundo en la cruzada anticocaína; algo que el historiador médico David F. Musto ha diagnosticado de manera general como «la enfermedad estadounidense»; nuestra eterna obsesión amor-odio con las drogas como remedio y plaga.¹² Éstos fueron mensajes bastante confusos para el Perú: al

11. P. Gootenberg, «Cocaine: The Hidden Histories», cap. 1 en P. Gootenberg, *Cocaine: Global Histories* (1999) vista como droga «global». Un notable texto sobre el alcance de la cocaína proviene de la Oficina de Asuntos Exteriores (PRO FO, Foreign Office, en inglés) de Gran Bretaña 228/2202 («Cocaine» 1909/10), Imperial Institute, Dec. 1909 «Memorandums on the Production, Distribution, Sale and Physiological Effects of Cocaine». (Un sondeo requerido por los súbditos chinos, preocupados porque la cocaína de Occidente pudiera ser un compuesto del flagelo del opio.)

12. David Musto, *The American Disease: Origins of Narcotic Control* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1973); «America's First Cocaine Epidemic», en

principio considerada tan vital para el desarrollo, ahora la cocaína era juzgada como algo malo. A los peruanos les tomó muchos años comprender plenamente el mensaje, quizás ello se debió a las altas expectativas que en un inicio pusieron en la droga, así como a los intereses materiales y regionales que había en juego.

LA COCAÍNA EN DESCENSO, 1910-1940

La cocaína descendió tanto en prestigio mundial como en uso en los años de 1910 a 1940. Probablemente, el consumo mundial disminuyó a más de la mitad: del pico de quince toneladas anuales a menos de cuatro toneladas, al reducirse los usos médicos «legítimos» en la víspera de la Segunda Guerra Mundial. Durante este periodo se observaron los primeros intentos, liderados por Estados Unidos, de proyectar una zona de prohibición global respecto a la cocaína, y la continuidad (así como la diversificación mejor establecida) de las redes mundiales lícitas en Asia. Sin embargo, esta época también fue, de manera significativa, el punto bajo del (ab)uso ilícito o recreativo de la cocaína.

Estados Unidos fue el principal motor de la mayoría de los cambios respecto a la cocaína, mientras que los europeos, peruanos y otros actores emergentes observaron, esperaron o eludieron dichos cambios. Los orígenes del anticocainismo estadounidense fueron complejos, y nunca podrán ser reducidos a una causa primordial. Al principio, el anticocainismo surgió en los niveles locales —hacia 1905 la mayoría de los estados de Estados Unidos habían adoptado leyes específicas «anticocaina» como reacción a los peligros más claros de la droga, fueran éstos reales o imaginarios—; además, un espacio clandestino, un mercado disperso y una cultura fuera de las normas de uso de la cocaína (uso de ella por placer o para fines no médicos) antecedieron a las prohibiciones legales. Los rasgos más notorios y temidos del «cocainómano» precedieron a las prohibiciones de la droga, pues éste resultaba más amena-

Wilson Quarterly (verano de 1989); otra mirada cíclica es la de David T. Courtwright, «The Rise and Fall of Cocaine in the United States», en J. Goodman, P. Lovejoy y A. Sheratt, (eds.), *Consuming Habits: Drugs in History and Anthropology* (Londres: Routledge, 1995); Mortimer, *History of Coca* (1901) una voz disidente, como también lo fue la de Lloyd Brothers en «A Treatise on Coca (*Erythroxylon Coca*)» (Cincinnati, 1913).

zante que los adictos al opio, quienes tenían un comportamiento más pasivo y, casi siempre en esa época, pertenecían a la clase alta. Hacia 1905, el uso de la cocaína también se vio como un asunto por demás racial: a lo largo del nuevo sur de Jim-Crow se hablaba de los violentos cocainómanos «negros»; en las ciudades del norte, especialmente en Nueva York, se hablaba de los farmacéuticos y traficantes rapaces y sin escrúpulos o de los «proveedores judíos» que andaban por doquier. Esto fue una mezcla efectiva de «pánico moral» —es decir, la clásica alarma apasionada sobre las drogas— con sensacionalismo. El reducido club de industriales de EEUU se unió en gran medida a la campaña —liderada por los farmacéuticos en vías de profesionalización y los intereses médicos organizados (de tendencia oficial) como la AMA (Asociación Médica Americana)— para restringir o monopolizar el campo de uso profesional y reparar la confianza pública y las reputaciones dañadas. Como demuestra el historiador Joe Spillane, la cocaína se había convertido en un símbolo manifiesto de las drogas no controladas y de las compañías farmacéuticas no reformadas.¹³ La cocaína también se puso a la par, y algunas veces se fusionaba o perdía en las recién creadas campañas de la era progresista contra los narcóticos (con su nuevo modelo de abuso medicamentado, la «adicción») y el alcohol (el más antiguo de los demonios americanos). Desde 1906, las leyes puras de la FDA analizaron, controlaron y pusieron al descubierto fraudes de medicinas de «patente» con coca y algunos brebajes con cocaína orientados específicamente a los cocainómanos. Su cruzada culminó en un fallido juicio que exhibió a la propia *Coca-Cola* en Chattanooga durante 1911-1912, con H. H. Rusby como el principal testigo del gobierno en contra de la droga. En 1914, en respuesta a las exigencias de los tratados internacio-

13. Spillane, *Cocaine*, capítulos 2, 5, 7; Pendergrast, *God and Coca-Cola*, cap. 7; Musto ha enfatizado el factor racial; en menor grado lo ha hecho Lester Grinspoon y James Bakalar, *Cocaine: A Drug and its Social Evolution* (Nueva York: Basic Books, 1977), cap. 2 (ensayo de Bakalar? Sobre cocaína y profesionalización médica). Ver también Alan A. Block, «The Snowman Cometh: Coke in Progressive New York», *Criminology* 17/1 (mayo 1979), archivos 75-99 de Jerusalén (del Kehillah de N.Y.) han dado pistas sobre el uso ilícito de la cocaína en la década de 1910. NA, RG59 «Name File of Suspected Narcotics Traffickers» (LOTS File N.º 55 D607), 1927-1942 es también vergonzosamente «cosmopolita», como lo eran varios de los primeros comerciantes de cocaína sudamericanos de los años cincuenta.

nales sobre nuestras cosechas, el Congreso añadió por unanimidad a la cocaína dentro de la Ley Harrison sobre Narcóticos (la primera ley federal); en 1922, las importaciones de coca fueron sujetas a estricto control por la ley Jones-Miller, que prohibió todas las importaciones de cocaína. Así, entró en acción la vigilancia por parte de los agentes del Tesoro de EEUU, de los funcionarios del Departamento de Estado y, más adelante, de la legendaria Oficina Federal de Narcóticos (FBN, por sus siglas en inglés) de Harry J. Anslinger.

Más tarde, y luego de alcanzar su pico alrededor de 1917, el consumo de cocaína descendió en forma drástica en EEUU (y en otros lugares) durante el periodo entre guerras, en lo que un experto llamó «la gran sequía». Aunque es cierto que la cocaína encontró nichos culturales de resonancia: en la música, el jazz, las carreras de caballos, las orgías de Hollywood y las canciones, fue restringida a estos ámbitos del folclor. El uso medicinal de la cocaína continuó disminuyendo al entrar en escena sustitutos como la eucaína y la procaína; y la investigación sobre la cocaína se evaporó dado que no encajaba bien en el nuevo paradigma médico o de adicción a opiáceos. Sobre todo, casi ninguna red internacional organizada de cocaína ilícita surgió luego de las leyes de prohibición, en comparación a la que se aglutinaba alrededor de una exdroga milagrosa más joven, la heroína. Incluso desde una mirada crítica, la conclusión ineludible del escrutinio de la salud pública de la época y de los informes de la FBN es: cada vez menos cocainómanos y, hacia la década de 1930, nada de cocaína pasaría de contrabando desde el extranjero (con las confiscaciones medidas en onzas o en frascos de cocaína extraídos de las categorías médicas europeas). Ninguna fábrica ilícita comenzó a funcionar y ningún comercio ilícito surgió de las tierras de cultivo de coca andinas.¹⁴ En parte, este patrón reflejaba la estrecha «economía política» de producción y control de la coca estadounidense: cuatro y luego tan sólo dos compañías de Nueva Jersey, Merck y Maywood, im-

14. H. Wayne Morgan, *Yesterday's Addicts* (Norman: University of Oklahoma Press, 1974). En Europa la historia fue ligeramente diferente, con las «sub-culturas» de cocaína prosperando a lo largo de los años de 1920 en el Weimer de Berlín, el West End de Londres, el puerto de la perdición de Rotterdam y el famoso distrito (de prostitución) de Montmartre de París. Ahí, la cocaína o «nieve» era sustraída de las farmacias y compañías legales de drogas. Para una visión fascinante de su impacto cultural, véase Marek Khon, *Dope Girls: The Birth of the British Drug Underground* (Londres: Lawrence y Wishart, 1992).

portaban coca voluminosa y de fácil rastreo hacia su parapetado y minuciosamente regulado mercado. Ellas cooperaron activamente con los funcionarios de control de drogas de EEUU, quienes, a su vez, promovieron sus nombres y causas a lo largo de las décadas siguientes. Las fronteras de EEUU estaban cerradas para la cocaína, disipando a las incipientes pandillas o «combinaciones» urbanas de cocaína. Hacia fines de la década de 1930, Anslinger proclamó a la cocaína no como un peligro actual (como su famosa campaña sobre la marihuana «Locura de Mota» (*Reefer Madness*)), sino como un modelo ejemplar de lo que podía lograrse con políticas represivas pragmáticas, sin mencionar su inspirado liderazgo.¹⁵

En contraste, la campaña de EEUU para globalizar las prohibiciones anticocaína, incluidas las «fuentes» del Perú, no llegó muy lejos; fuera de derramar mucha tinta internacional. Otras naciones no se sentían francamente alarmadas y se mostraban incrédulas respecto a la cocaína, mientras que los instrumentos de EEUU para presionarlas fueron pocos, dada la falta de una amenaza nacional creíble respecto a la cocaína en 1920. En los años de 1910, los diplomáticos de EEUU, como Hamilton Wright, actuando de manera casi unilateral, lograron incluir cláusulas anticocaína por primera vez en la Convención de La Haya de 1912-1913. Incluso EEUU, como un no miembro pasivo de la Liga de las Naciones, así como los críticos estadounidenses, pusieron sobre la mesa temas relacionados con la cocaína en la agenda de las convenciones sobre drogas de Ginebra en las décadas de 1920 y 1930. Lo cual, por ejemplo, permitió que en 1934 se constituyera un efímero «Comité sobre la coca». Las políticas de inclusión de la coca todavía eran turbias y aparentemente imitaron la lógica y el lenguaje de los opiáceos (la planta de la coca es

15. Del estudio del Tesoro de los EEUU, Oficina Federal de Narcóticos, anuario, «Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs», de 1926 —a los años cuarenta; y los artículos de Henry Anslinger, Pennsylvania State University Library. Richard Ashley, *Cocaine: Its History, Uses and Effects* (Nueva York: St. Martin's, 1975), cap. 12; Kennedy, *Coca Exotica: The Illustrated History of Cocaine* (Nueva York: Cornwall Books, 1985), cap. 12 sobre flujos culturales. El gran cantante de música folclórica de los años sesenta, Dave Van Ronk cubrió la cantinela «Cocaine» (pre-Clapton) de la década de 1920 con un conjunto musical discordante llamado «Hudson Dusters» (Nueva York: Verve-Forecast Records, 1968): un caso de memoria cultural, dado que los Dusters habían sido una pandilla genuina de coca en Manhattan, aunque fueron totalmente eliminados hacia 1920 (Luc Sante, *Low-Life*, [Nueva York: Vintage Books, 1992], 226).

a la cocaína lo que la amapola a la morfina). EEUU, en calidad de movilizador y principal cruzado por el control de drogas, asumió la postura universalista de que todas las drogas fabricadas con potencial de abuso necesitaban de un ajuste global, lo que implicaba contener la provisión de materias primas, sobre las que EEUU, de manera muy conveniente, no tenía intereses coloniales.

Las políticas de las grandes potencias también jugaron un papel preponderante en ello. Gran Bretaña apoyó esta postura, en parte debido a preocupaciones sobre alarmas de cocaína en China y en sus colonias de la India (un episodio desconocido), y en parte también para impedir resoluciones más fuertes sobre los opiáceos, pues sabía que Alemania (el mayor interesado a nivel mundial por la cocaína y la morfina) vetaría cualquier control general. Sin embargo, los alemanes, por diversas razones, secundaron la idea.¹⁶ Los resultados contradictorios, visibles en un sinnúmero de informes y resoluciones de la Liga de Naciones a partir de la década de 1920, fueron esquemas ficticios promulgados y publicados por las grandes potencias, conteniendo estadísticas irregulares de la cocaína, discontinuas discusiones resumidas y llamados estadounidenses a la verdadera acción. Desde un principio, los funcionarios también se percataron de que el Perú y otros productores se rehusaban abiertamente a suscribir este sistema de escrutinio. Hacia la década de 1920, Bolivia defendió animosamente el uso indígena de la coca en foros internacionales; Perú hizo lo mejor que pudo para ignorar los pronunciamientos de la Liga y del ámbito internacional sobre las drogas. No obstante, aunque débil y centrada en los opiáceos, la Liga contribuyó a deslegitimar a la cocaína en los círculos ideológicos globales, definió

16. Véase Friman, «Germany and Transformation of Cocaine» (1999) o el estudio comparativo de H. Richard Friman *NarcoDiplomacy: Exporting the U.S. War on Drugs* (Ithaca: Cornell University Press, 1996), esp. capítulos 2-3. Gran Bretaña, PRO, *The Opium Trade, 1910-1941* (Wilmington: Scholarly Resources, 1974) sobre diplomacia de potencias; *Chemist and Druggist* (Londres), 1895-1910 sobre la India. Para los roles de los EEUU, véase Arnold H. Taylor, *American Diplomacy and the Narcotics Trade* (Durham: Duke University Press, 1969), capítulos 2-4 y actualización por McAllister, *Drug Diplomacy*; sobre la Liga, véase Opium Commission OC 153 (1923), OC 158 (1923) O.L.198.1934XI, Ginebra, 2nd Opium Conference, 1934. La (no) relación del Perú con la Liga y sugerencias externas fueron estudiadas en el Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (MRE, Lima), 1920-1940.

cuotas para fines medicinales decrecientes y, sin percatarse, desencadenó una red clandestina de cocaína; esta vez, ubicada en el sudeste asiático.

El anticocainismo estadounidense se filtró entre 1910 y 1940 a través de un mundo de la cocaína más difuso. Dos nuevas cadenas globales de cocaína irrumpieron en el escenario: el enlace colonial Holanda-Java (para Europa a lo largo de los años veinte) y, más tarde, una red pan asiática-japonesa (a las sombras de los controles ficticios de la Liga). Ambos circuitos mercantilistas tomaron totalmente por sorpresa a los productores peruanos, quienes pensaban que tenían derecho de primogenitura sobre la coca, y durante un interludio de dos décadas, 1920-1940, pasaron por alto a los Andes como el centro mundial de la cocaína.

Holanda inicialmente experimentó con la coca en Java a mediados de la década de 1880, pero estos esfuerzos coloniales, como otros, permanecieron latentes. Sin embargo, repentinamente, después de 1905, la isla fue alentada oficialmente a echar a andar docenas de plantaciones modernas súperproductivas de coca, y hacia 1912 las más de 1,000 toneladas anuales de hojas de alto contenido alcaloideo desplazaron, de manera efectiva, a la coca andina de los puertos europeos. Las fábricas de cocaína de Amsterdam, esto es, las «NCF» (las *Nederlandsche Cocainefabriek*, que se formaron por las patentes alemanas, abandonaron los métodos avanzados de extracción de coca), las cuales fueron auspiciadas por el gobierno central, se convirtieron en las principales productoras mundiales de la droga. Después de la Primera Guerra Mundial, y luego de una crisis significativa de sobreproducción, las NCF se convirtieron en uno de los pilares de los sindicatos de abastecimiento de coca y de fijación de precios en Europa, esta vez autorizados por la Liga. Sin embargo, con perspectivas pobres, y el compromiso que había asumido con los ideales de la cooperación institucional internacional (como en La Haya), Holanda voluntariamente desmanteló su imperio de cocaína a fines de la década de 1920. Java continuó cultivando la coca en los años treinta; incluso Merck N.J., dudando de la calidad de la hoja peruana, invirtió en su lugar de origen en su propia plantación.¹⁷

17. Marcel De Kort, «Doctors, Diplomats, and Businessmen: Conflicting Interests in the Netherlands and Dutch East Indies, 1860-1950», cap. 5, en P. Gootenberg, *Cocaine: Global Histories* (1999); sobre una visión peruana sobre Java, M. E. Derteano, «Informe sobre la coca en la isla de Java,» *Boletín del Ministerio de Relacio-*

Al debilitarse el papel holandés, el sol imperial del Japón industrializado levantó el vuelo; esta vez, como una respuesta asiática a las normas de la Liga y de Estados Unidos. Japón sembró su primera coca en Taiwán en 1916 y para fines de la década de los años veinte, con la dirección de destacados químicos japoneses, como Jokichi Takamine, ya se estaban produciendo arriba de tres toneladas de cocaína anuales; es decir, la mitad de las necesidades mundiales autorizadas para fines medicinales. En 1917, en un salto fascinante a través de las cadenas globales de mercaderías, Productos Farmacéuticos Hoshi compró una amplia extensión de tierra en el valle del Huallaga, cerca a Tingo María, en Perú, donde encontró materia prima y, posiblemente, conocimientos prácticos, hasta que ésta fue expropiada en 1937. Algunas de las principales compañías farmacéuticas del Japón, explotando los vínculos militares, forjaron esta red de cocaína (e incluso de la más pesada heroína), que alcanzaría su punto más alto durante la década de los años treinta. Esto fue posible gracias a que se apoyaron en estadísticas oficiales falsas sobre drogas y en mercados al por menor a lo largo del Asia, algunos de los cuales involucraban ventas evidentemente dudosas o forzadas.¹⁸ Desde el inicio, la cocaína japonesa hizo sonar las campanas de alarma en EEUU y en las oficinas de la Liga (y la venta de narcóticos más adelante planteó importantes preguntas en los Juicios de Crímenes de Guerra en Tokio).

En este contexto más amplio, la relación estadounidense con la cocaína peruana estaba cambiando. Sin embargo, se asume equivocadamente que EEUU «exportó» —con facilidad o éxito— una nueva política de drogas al Perú, el cual continuó produciendo su cocaína legal y se mantuvo fuera del nuevo régimen global sobre las drogas. (Perú también se retiró de la Liga y difícilmente reconoció las convenciones antidrogas de ésta.) Los diplomáticos estadounidenses expresaron su desaliento

nes Exteriores 1919 (Hong Kong, mayo, 1914); Merck Archives, (White House, N.J.), «Cocaine» (varios), «Tjitembong,» 1925-1940.

18. Steven B. Karch MD, «Japan and Cocaine Industry of Southeast Asia, 1860-1944», cap. 7 en Gootenberg, *Cocaine: Global Histories* (1999); sobre el vínculo con el Perú, Isabel Lausent-Herrera, «La presencia japonesa en el eje Huánuco-Pucallpa entre 1918 y 1982», *Revista Geográfica* (México), núm 107, 1989, pp. 93-118; «Japanese Quietly Exporting Cocaine from Interior of Peru», *The Christian Science Monitor*, 12 de agosto, 1922, y ARH (protocolos citados más adelante).

por la negligencia deliberada del Perú respecto a los principios de La Haya en 1912-1914 y se mantuvieron cautelosos de las motivaciones («intereses») peruanas a lo largo del periodo entre las dos guerras mundiales. Aun así, estos funcionarios, en lugar de considerar a la cocaína peruana como una amenaza inminente, pronto se unieron a los agentes escrutadores de la FBN para tratar de aprender más sobre ella o intercambiar información (ley de control de drogas o ciencia de las drogas) con sus contrapartes peruanas. En 1931, el cónsul general de EEUU en Lima organizó una minuciosa visita de inspección a la industria de la cocaína en Huánuco. Además es probable que, en los años treinta, Washington hubiera desarrollado una mejor supervisión de la droga en el Perú que el propio gobierno limeño, a través de «Informes sobre la coca» regulares, entrevistas y recortes de periódicos.¹⁹ También había un intermediario corporativo vital en funcionamiento: Marywood Chemical (y funcionarios de la *Coca-Cola*) poseía su propia red personal en el Perú, y estaba dispuesta a complacer a la FBN o al Estado a cambio del apoyo de Washington a su política de libre acceso y bajo costo de la coca. Ésa fue una razón de la falta de una presión diplomática que limitara o suprimiera la coca. De tal modo que, algunas veces, dichos intereses se entremezclaron, pero EEUU aun no era, por así decirlo, un entrometido de peso.

¿A dónde llevó todo esto al Perú? La cocaína peruana sufrió una crisis irreparable entre 1910 y 1940. Esta crisis se expresó en muchas formas, algunas influidas por el exterior, pero otras de índole decididamente nacional. La red de cocaína legal permaneció alicaída y tenía un interés regional cada vez mayor en lugar de nacional. La mejor industria de Huánuco se redujo a un puñado de talleres operativos o de medio tiempo, que produjeron un promedio de menos de media tonelada por

19. Basado en el estudio de Archivos Nacionales, RG 170 (DEA/FBN), 0660 (Foreign Country Subject Boxes: Peru, 1926-1940) y Box 19, «Drugs/Beverages» / «Decocainized Coca Leaves» y Box 20, «Coca Leaves». Documentación paralela en RG 59 State Dept. Decimal Files, (Peru-Narcotics), 1920-1950 (series 832.114). Los estadounidenses podrían continuar apoyando el comercio de la coca, como en William Reid «Coca: Plant of the Andes» (Pan-American Union, Washington D.C., «Commodities of Commerce» folleto, 1918), reimpresso en 1937. Sobre el papel de la Coca-Cola, P. Gootenberg, «Merchandise N° 5: A Secret Ingredient in the Making of U.S. Cocaine Policy in Peru, 1915-1965» (Ms. Wilson Center, junio 2000).

año en exportaciones crudas; aproximadamente cinco por ciento de su producción pico en 1900. El producto se envió, sobre todo, a Alemania, Gran Bretaña y, durante un tiempo, a Japón. La hoja de coca, principalmente de Trujillo, tenía que competir con marcas no peruanas, aun dentro del mercado estadounidense. El liderazgo comercial pasó del perseguido clan Durand (del lado equivocado de la política peruana durante los años veinte) al de Andrés Avelino Soberón, un dedicado productor-comercializador local, quien buscó, bastante e intensamente, nuevas alternativas de mercado a lo largo de los años treinta. Otros ingresaron al campo por cortos periodos cuando el precio alcanzó su pico en la Primera Guerra Mundial y a principios de la Segunda (dado que la guerra eleva las reservas de cocaína), pero todos en Huánuco presintieron las débiles perspectivas futuras.²⁰ Empero, el contrabando de cocaína peruana ni siquiera merecía pasar al rumor; la industria de la cocaína más pobre continuaba siendo, en ambos sentidos del término, legítima.

Además de tener menos compradores, el Perú se vio afectado en varias formas por el recién surgido régimen internacional pronto se conocieron los ideales antinarcóticos del mundo occidental y algunos otros ideales de naturaleza «higiénica» adoptados para satisfacer las necesidades locales (maniobras en contra de los fumaderos de opio chinos; códigos de salud de narcóticos en 1922; una estructura normativa para la industria de la cocaína, la cual estaba auspiciada por el Ministerio de Salud de los años treinta). De igual manera que la ciencia a favor de la cocaína lo había hecho antes, el anti-cocainismo llegó al Perú principalmente por la vía médica y, ahora, como «ciencia» de la adicción, que, curiosamente o no, se enfocó en el mascado de coca de los indios (desde luego, siempre buscando el bienestar de los nativos). Así empezó el largo debate nacional sobre la coca, revirtiendo el giro positivo que se le había dado a ésta desde los años de 1860. En la década de 1910, el doctor Hermilio Valdizán, el precursor de la psiquiatra nacional peruana, diagnosticó que la coca era una de las causas de la vergonzante «enajenación» mental y de la «degeneración» cultural de los indios.²¹ Hacia los años veinte, esta

20. Archivo Regional de Huánuco (Prefectura, Municipalidad, y Sucesiones, Protocolos); véase también la notable encuesta realizada por Emile R. Pilli de Merck, «The Coca Industry in Peru,» (typescript, Rahway NJ, 1943) (en DEA Library and Information Center, Pentagon City VA); RG 59 Dec File 823.114, «Manufacture of the Derivatives of the Coca Leaf in Peru,» Burdett, 22 abril 1932.

causa fue medicamentada y politizada aún más: la coca era un «envenenamiento» alcaloide o una «adicción» masiva de los indios, según la postura de la elite «indigenista» a favor de los indios. Hacia los años treinta, se desarrolló toda una vertiente de la ciencia peruana (conducida por los doctores Luis Sáenz y Carlos Gutiérrez Noriega), algunas veces con el aliento y la ayuda de EEUU, para comprobar los efectos adversos en la salud física y mental (en la década siguiente, la «biología andina» de Carlos Monge y su grupo trabajó contra esta hipótesis). En realidad, el (ab)uso moderno de la cocaína *per se* no era un problema, pues pocos peruanos habían tenido contacto con ella.

En efecto, la cocaína continuó viéndose como algo bueno, evocando solemnes llamados a defenderla. En las décadas de 1910 y 1920, diversos reformadores se refirieron a de la necesidad de modernizar el sector en crisis de la cocaína: agricultura científica para mejorar las cosechas de coca y perfeccionamiento de su proceso de refinación en una industria química moderna, las cuales producirían hidrocloruros puros de cocaína medicinal para los lucrativos mercados finales. Entonces, surgió un nuevo tema sobre la necesidad de apoyo estatal —después de todo, éste todavía era un producto esencialmente peruano— a pesar de los competidores y las críticas mundiales. Una notable figura de la salud pública, el doctor Carlos Enrique Paz Soldán, combinó todos estos temas en una estridente campaña nacionalista que, desde finales de los años veinte hasta los primeros de la década de 1940, logró escucharse desde Washington hasta Ginebra. En un dramático cambio de rumbo en la lógica estadounidense antidrogas «de parte de los proveedores», Paz Soldán argumentó que las restricciones a la cocaína en Occidente, en realidad, habían introducido a la fuerza el exceso de coca del Perú en los sistemas nerviosos de los indios peruanos. Como alternativa a las discriminatorias cuotas de control de la Liga, Paz Soldán propuso un gigantesco «monopolio» del Estado peruano para regular, promover y modernizar la cocaína, de tal modo que pudiera desplegar sus ganancias comerciales para

21. Joseph Gagliano, *Coca prohibition in Peru: The Historical Debates* (Tucson: University of Arizona Press, 1994), esp. cap. 6 (y textos orig., Valdizán a Sáenz); S. Lorente, B. Caravedo «Bases fundamentales para la organización de la defensa social contra la toximanía» (VIII Conferencia Sanitaria Pan-Americana. Lima, 12-20 de octubre de 1927); JoAnn Kawell, «Going to the Source» (Ms, Berkeley CA, 1997), cap. 16, sobre la división coca/cocaína.

deshabituarse a los sufridos indios de la patología de mascar coca.²² Este proyecto corporativista activó las maniobras internacionales clandestinas y movilizó los sistemas de seguridad nacional de los países productores de coca, según convinieran a la recesión económica de la década de 1930. En este clima contencioso, la influencia estadounidense sobre la política de drogas peruana continuó siendo superficial.

En general, de este período de transición (1910-1940) surgieron muchos legados y paradojas. El mayor cambio, y el más perdurable, fue la transformación estadounidense de promotor mundial de la coca a futuro cruzado global contra la misma. Sin embargo, para ser un país que desde un comienzo apeló a estrategias antidrogas basadas en los suministros desde el exterior, EEUU logró el mayor éxito prohibiendo el uso de la cocaína dentro de sus propias fronteras. En el exterior, las ideas anticocaína se esparcieron (principalmente fue asociada a los narcóticos, como un pariente menor), pero nunca fueron tomadas muy en serio por los aliados, la Liga y, mucho menos, por los países productores. De manera paradójica, estas sanciones internacionales, en el papel coincidieron con la rápida diversificación de las redes mundiales de cocaína en Java y Japón; aunque, en la actualidad, tal crecimiento acelerado en el suministro parece la norma de la represión a las drogas. En el Perú, el legado fue una progresiva esquizofrenia entre la vil coca atrasada y la discriminada coca moderna, entre las alternativas nacionalistas y los propósitos estadounidenses, entre las esperanzas regionales y la débil realidad económica de la cocaína legal, entre las presiones estadounidenses en aumento y la incrédula postura peruana en torno a las drogas peligrosas. Algo tenía que ceder. No obstante ello, el mayor acertijo global era éste: el periodo que vio la mayor pluralidad en los regímenes y las mentalidades de la cocaína —incluidas las industrias de la cocaína legal toleradas en el extranjero— resultó, de hecho, ser el mejor para EEUU en cuanto a la cocaína como un problema social volátil.

22. Sobre este debate véase, P. Gootenberg, «From Reluctance to Resistance: Constructing cocaine prohibitions in Peru», cap. 3 en Gootenberg, *Cocaine: Global Histories* (1999), pp.56-62; Carlos Bues, *La Coca: Apuntes sobre la planta, beneficio, enfermedades y aplicación* (Lima, Ministerio de Fomento, 1911), uno de muchos reformadores. La polémica de Paz Soldán puede ser seguida en *La Reforma Médica* (Lima 1929-1939); también véase «El problema médico social de la coca en el Perú», en *Mercurio Peruano* 19 (1929), y *La Coca Peruana: Memorandum sobre su situación actual* (Lima: SNA, 1936).

DE LA PROHIBICIÓN GLOBAL A LA COCAÍNA ILÍCITA (1940-1970)

La paradoja —o no— del periodo siguiente, desde los años cuarenta hasta principios de la década del setenta, en que comienzan nuestros enredos contemporáneos con la cocaína andina, es que Estados Unidos rápidamente consiguió su más anhelada meta: un régimen global de prohibiciones a la cocaína, con un alcance y un consenso casi universales. Sin embargo, ésta fue seguida por el encuentro más catastrófico de EEUU con la cocaína: el auge que, en las décadas de 1970 y 1980, tuvieron la «coca» ilícita (a través de sus fases *yuppie* y *crack*) y, desde entonces, nuestro ciclo de Sísifo de «guerras contra las drogas» hemisféricas. Los vínculos y cadenas causales de ellos seguramente están mezclados y tienen estrecha relación con la delimitación de la nueva esfera ilícita de la cocaína en el ámbito transnacional.

En la larga epopeya estadounidense contra las drogas, la Segunda Guerra Mundial marcó un punto decisivo. En el ámbito nacional, el consumo de drogas de todo tipo (excepto las anfetaminas) descendió a cifras récord, dadas las interrupciones en las bases del suministro tradicional, la estricta supervisión de las fronteras y la tremenda cohesión social de la época. En resumen, 1945 fue una pizarra en blanco para las drogas: un «paraíso» para el cumplimiento de la ley (con el dominio de Anslinger, entonces en la cumbre) y un infierno personal para los individuos en busca de drogas o de nuevas culturas de drogas.²³ Esto cambiaría en los años cincuenta, cuando la heroína y otras subculturas poco a poco echaron raíces en las barriadas estadounidenses, cuando los tranquilizantes de venta bajo receta médica conquistaron los nuevos suburbios blancos, cuando el «LSD» se escapó de los laboratorios secretos de la CIA, y cuando surgieron las rutas mafiosas (italianas) de suministro de los opiáceos, lo que originó leyes más punitivas y agresivas del Congreso-FBN sobre las drogas (todo ello con una mínima cantidad de

23. Jill Jones, *Hep-Cats, Narcs and Pipe-Dreams: A History of America's Romance with Illegal Drugs* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1997), t. II (un libro no tan «aficionado» como sugiere el título); sobre la desesperada cultura de las drogas en la época, véase William S. Burroughs y Allen Ginsberg, *The Yaje Papers* (SF: City Lights, orig. 1955?); Jay Stevens, *Storming Heaven* (Nueva York: Perennial Library, 1988); y Mickey C. Smith, *A Social History of the Minor Tranquilizers* (Nueva York: Pharmaceutical Products Press, 1991, orig. 1985).

disensión legal memorable). Esta construcción terminaría por colapsar a mediados de los años sesenta, cuando la llamada «cultura de drogas» —un renacimiento dramático y novedoso de la «enfermedad estadounidense»— llevó a estas normas represivas hacia el desahogo y el conflicto cultural.

Desde el punto de vista de la política estadounidense sobre drogas extranjeras, las décadas de la posguerra también fueron el paraíso redivivo. En esta época, EEUU se convirtió en el guía sin objeciones de un restaurado régimen global de la ONU sobre las drogas a fines de los años cuarenta, ahora asentado en Nueva York. El CND (Consejo sobre Drogas Narcóticas) y otros organismos relacionados, a diferencia de las antiguas Comisiones de Opio de la Liga, fueron más allá de las grandes potencias, pues procuraron integrar a los recién surgidos países del «tercer mundo» (como el Perú productor de coca) en su agenda maximalista de inspiración estadounidense. La restricción de las materias primas se convirtió en la piedra angular, pues ahora estas naciones eran perseguidas de manera agresiva. Nuestros enemigos ideológicos mortales —los soviéticos y sus aliados— adoptaron una línea leninista aún más dura contra las drogas que alteran la mente, al contrario de la afirmación errónea y oportunista de Anslinger. Así, durante la Guerra Fría, el sueño de un régimen de drogas unificado, amplio y universalmente obligatorio, fue lentamente formado a golpes por Washington, y culminó en la aún vigente «Convención Única de Estupefacientes» de 1961 de la ONU.

La cocaína era ya una atracción secundaria: de hecho, en EEUU los antiguos recuerdos de la coca se habían esfumado (estaba tan enterrada, que la *Coca Cola* pudo negar oficialmente haberla usado alguna vez), y la «nieve» (o su escasez) era un lamento nostálgico de los antiguos amantes del *blues*. Un breve «susto» nacional, en 1949, llegó a ser hábilmente otro clavo del triunfo en el ataúd de la droga. Musto sugiere que este hiato finalmente demostró ser dañino, en tanto los estadounidenses no conservaron una memoria colectiva cultural de la cocaína, o de sus peligros, cuando ésta reapareció en 1970 como un pecado prestigioso y costoso.²⁴ Internacionalmente, la pizarra había sido immaculadamente

24. McAllister, *Drug Diplomacy*, capítulos 5-7; Harry J. Anslinger y William F. Tompkins, *The Traffic in Narcotics* (Nueva York: Funk y Wagnalls, 1953), 16-18, 281; sobre Anslinger, véase John C. McWilliams, *The Protectors: Harry J. Anslinger*

limpiada. El año de 1945 marcó el completo cese de operaciones de cualquier red autónoma de cocaína que hubiera persistido antes de la guerra. El conflicto arruinó a los sembradores y a las fuentes farmacéuticas alemanas, japonesas y de la Java holandesa, y, en cada caso, la ocupación estadounidense dictó la ley sobre la cocaína y otras drogas. Luego, la ONU redujo más las cuotas lícitas (hasta menos de 2,000 kilos) y más o menos en 1947 el CND adoptó la erradicación de la cocaína como un proyecto muy relevante, comenzando con el viaje de 1948-1950 de la «Comisión de Investigación sobre la Hoja de Coca» para ganar aprobación allí donde fuera importante, en los mismos Andes. Los signatarios de la Convención Única de Estupefacientes de 1961 —entre los que se incluía a los representantes del Perú y Bolivia— se comprometieron a erradicar por completo la mata y el empleo indígena en «veinticinco años» (algo que debió haber ocurrido en 1986, el año del *crack*).

De este modo, a fines de 1940, sólo quedaba una «fuente» mundial de cocaína —Perú— y éste enfrentó solo a un EEUU confiado y centrado en su objetivo. En efecto, la disminución de la autonomía peruana acerca de las drogas se originó al inicio de la guerra y, una vez comenzada ésta, se volvió más difícil separar los hilos estadounidenses y peruanos de la historia, tanto narrativa como analíticamente. Después de 1939, cambiaron muchas perspectivas. El Perú se convirtió en un aliado leal y un buen vecino, y productos tales como la cocaína fueron vigilados en forma estratégica y cercana (aunque la cocaína lo fue tácitamente). La noción misma de «ventas ilícitas» asumió tonos militares de *nosotros* vs. *ellos*, lo que fácilmente armonizó con el posterior discurso hemisférico de guerra contra las drogas. El Perú estableció novedosos controles sobre sus fábricas de cocaína y mudó las oficinas antinarcóticos del sector salud a las agencias policíacas. Los funcionarios plantearon poner todo el negocio bajo el control del monopolio estatal. El Perú comenzó a participar, aunque con rezago, en la mesa de control de drogas de la Liga. EEUU, por su parte, se volvió más y más intransigente con respecto a la cocaína; esto es, finalmente empezó a entrometerse y, en la posguerra, a cooperar tanto con asesoría policial como con técnicas de

and the Federal Bureau of Narcotics (Newark: University of Delaware Press, 1990); sobre la ONU, véase vasta producción sobre coca de CND (2ª y 5ª sesiones), y especialmente el variado «Report on the Commission of Enquiry on the Coca Leaf», Suplemento Especial N.º 1 (Lake Success, Nueva York, mayo 1950).

lucha contra las drogas. En un primer movimiento para presionar al Perú, EEUU suspendió, por un tiempo, las importaciones de coca.

Estos cambios se dejaron sentir en el valle del Huallaga, donde los remanentes de la cocaína legal ofrecieron una última resistencia entre 1947-1950. Por entonces, se habían hundido profundamente las apuestas en la cocaína legal. Andrés Soberón, el último productor destacado, llegó a comprender la funesta perspectiva del mercado y, bajo presión política, cerró voluntariamente la tienda en 1949. De hecho, toda la región se estaba moviendo hacia una nueva dirección: el «desarrollo» de la Selva, inducido por Estados Unidos. A fines de la década de 1930, por fin llegaron verdaderos caminos a un diminuto caserío del Huallaga, llamado Tingo María; allí cerca, los hacendados se dividieron en dos ramas de producción: té y café (después de todo, la coca del Perú no logró reemplazarlos). La propiedad japonesa del Tulumayo, confiscada durante la guerra, fue rebautizada como la «Zona de Colonización Oficial» del gobierno peruano, que estaba destinada a atraer a los campesinos sin tierra de las alturas de los Andes. En 1943, los propios estadounidenses entraron en escena, estableciendo la «Estación de Agricultura Tropical de Tingo María», un amplio programa de ayuda conjunta, que ofrecía cosechas comerciales alternativas y estratégicas para la Selva, pero ignorando justamente lo que ya estaba plantado ahí. La influencia de esta estación se expandió bajo las iniciativas del Punto-Cuatro de la posguerra, llegando a convertirse en la principal estación tropical del hemisferio.²⁵

En 1948-1949, bajo circunstancias dramáticas y, por encima de todo, transnacionales, finalmente la cocaína fue penalizada en el Perú. Aquí convergieron muchos factores y actores, haciendo de las medidas enérgicas contra la cocaína un evento demasiado ambicioso. La difundida visita de la Comisión de Coca de las Naciones Unidas (que definió a la hoja de la coca como un problema internacional, tanto *social* como químico, que se puede resolver) fue ampliamente aceptada por las clases

25. ARH, Prefectura, Leg. 33 # 463, Soberón, «Inventario de Fábrica de Cocaína», 1949, Perú, *Acción Oficial en el Desarrollo Agropecuario de la Colonización de Tingo María* (Lima, 1947); César Ferreyros, «Tingo María, Ciudad Adolescente», *El Comercio* (Lima), todo julio de 1949; US NA, RG 166 (Foreign Agricultural Service), Peru Survey/Agricultural Attaches, para información sobre datos de este proyecto de 1940 hasta cerca de los años de 1960.

gobernantes y médicas del Perú (a pesar de que hubo una «Réplica» inconforme de la ciencia andina sobre la coca). Otra misión de expertos de la ONU trabajó específicamente en el control de narcóticos. El repentino cambio, en 1948, a una línea dura a favor de EEUU durante el régimen militar del general Manuel Odría, trajo consigo la mentalidad clásica de guerra contra las drogas: códigos punitivos contra los narcóticos, congresos anticocaína, formación de un escuadrón nacional antinarcóticos, impulso para establecer un «monopolio» estatal de supervisión de la coca/cocaína (ENACO desde los años cincuenta) y revocación por decreto de las últimas licencias a las fábricas privadas de cocaína.

Para rematar, a mediados de 1949, se hizo la dramática revelación de una ruta de contrabando de la cocaína, que se expandía desde Huánuco hasta las calles del Harlem. El combate a la «Pandilla Balarezo», en julio-septiembre de 1949, por parte del FBN puso a la «Diosa Blanca del Perú» (como la llamaba el *Time*), de manera espectacular, en la primera página de los periódicos estadounidenses. Esto no era un hecho aislado: un año antes, los agentes de aduana y de drogas de EEUU habían trazado una estrategia anticocaína para los Andes. Tuvieron lugar 83 arrestos a lo largo de la primitiva ruta de barco y camión que conectaba la ciudad de Nueva York con la selva de Huánuco. Algunas personas de las fábricas que antes habían sido legales, estaban entre los arrestados, y otras eran perseguidas.²⁶ Unas memorables 210 onzas de cocaína constituían el botín anual en EEUU, pero ahora, de modo significativo, todo eso se le atribuía al «Perú». Anslinger, personalmente reprendió a los embajadores del Perú, pero dichas tácticas resultaron insuficientes, mientras la operación era anunciada como un éxito. Los generales se instalaron, inculparon a la izquierda local (APRA), cerraron las últimas fábricas

26. Sobre 1947-1950, véase P. Gootenberg, «Reluctance or Resistance», 63-72; las mejores fuentes son DEA RG 170 06600, los archivos de Perú/Tema, todo 1947-1950, especialmente G. Williams a Anslinger, «Peru: Illicit Cocaine Traffic», 17 de mayo de 1949 y Caja 30, Bureau of Customs, 14 de diciembre de 1948; documentos paralelos de RG 59 DecFiles 823.114, 1947-52; UN/ESC, *Annual Reports*, E/NR «Peru: Annual Report for 1950» (17 de enero de 1952); «Contra-Respuesta de la Comisión Peruana para el Estudio del Problema de la Coca...» (Lima: Ministerio de Salud Pública, 1951); «Perú: The White Goddess», en *Time*, 11 de abril de 1949. Ethan Nadelmann, *Cops Across Borders: The Internationalization of U.S. Criminal Law Enforcement* (University Park: Penn State Press, 1993) sobre policías consensuales.

y los agentes de drogas de EEUU comenzaron las operaciones, el entrenamiento y la asistencia acordados en el Perú. La política de drogas había cruzado las fronteras, y ambas naciones estuvieron conformes con lo que encontraron. De ese modo, terminaban siete décadas de cocaína lícita y, globalmente, los sucesos de 1949 marcarían el triunfo pleno del liderazgo de EEUU en el sistema de prohibiciones contra la cocaína.

Secuelas y efectos secundarios

No abundaré en lo irónico que suponía que los funcionarios estadounidenses creyeran con sinceridad que las escaramuzas de 1949 eran el fin de la cocaína. En realidad, ése fue, por definición, el nacimiento de la cocaína ilícita que, a través del sinuoso sendero clandestino que se iniciara en 1950, haría que 210 onzas en 1980, mucho menos que las 10 toneladas legales de antaño, parecieran un sueño. A inicios de 1990, los mejores cálculos sobrepasaban las de 500 a 800 toneladas de cocaína entregadas en los mercados del norte, un flujo de ingresos que sobrepasaba los 30 mil millones de dólares, el empleo de un impronunciable número de cientos de miles de personas a través de los Andes en las arraigadas redes diseminadas muy lejos del lugar de nacimiento de la coca en el Huallaga.²⁷ Los incentivos para producir se incrementaron, sea que uno culpe al espurio sistema global (aquellos que enarbolaron las prohibiciones a la droga), a la demanda insaciable de los consumidores (una vez más, la enfermedad estadounidense) o a los malvados traficantes de drogas y/o los empresarios (los recién inventados «carteles» colombianos). Con todo, una cuidadosa lectura sugiere un patrón sorprendente para los observadores casuales o interesados en el control de la droga: el retorno de la cocaína como una droga socialmente amenazante en los años setenta fue el resultado social, no intencional, de la acción y de las políticas estadounidense de supresión de la droga, que se han llevado a cabo desde 1950.

Existen algunas conexiones reales, no sólo grandes abismos culturales. Los archivos de la DEA-FBN revelan que se ha estado dando una guerra secreta contra la cocaína ilícita desde 1950, no desde 1975 (cuan-

27. De Patrick L. Clawson y Rensselaer W. Lee III, *The Andean Cocaine Industry* (Nueva York: St. Martins Press, 1996), capítulo 1, Cuadros 1.1, Figura 1.4.

do la cocaína golpeó los radares públicos) ni desde 1985 (con la escalada republicana de las guerras a las drogas extranjeras). A través de los años cincuenta y sesenta, sin espacios lícitos u opciones políticas disponibles, los ambiciosos fabricantes de cocaína se unieron a los desesperados campesinos y, con el tiempo, ambos se unieron a la nueva clase transnacional de traficantes latinos. La «pasta básica» selvática, remojada en kerosene, de los años sesenta, se veía sospechosamente similar a la vieja «cocaína bruta» peruana, y el saber campesino menciona esos orígenes.²⁸ Los locales y las rutas de abastecimiento cambiaban en forma constante a medida que los agentes estadounidenses se dispersaban frenéticamente buscando levantar más barreras en cada oportunidad. En esta primera etapa, el «juego del gato y el ratón» de las décadas del cincuenta y sesenta hizo surgir redes de abastecimiento de cocaína más dedicadas, dispersas y profesionalizadas. En una segunda etapa, el precio y la sustitución de incentivos de principios de los años setenta terminarían el trabajo.

Es posible rastrear la geografía de lo «ilícito». Ésta comenzó con aquellos combates en Huánuco; muchos prisioneros clave, incluido el propio Soberón, habían sido respetables químicos y trabajadores de los negocios legales de la cocaína (aunque también existían rumores de antiguas transacciones insignificantes). Alrededor de 1951, el servicio de inteligencia de EEUU descubrió que Soberón recolectaba paquetes de cocaína en escondites del Huallaga y enviaba trabajadores «expertos» y recetas a Bolivia, país que hasta entonces nunca había industrializado su hoja de coca indígena. Las redes se extendieron con rapidez a inicios de la década de 1950, pues ahora los Andes habían sido etiquetados oficialmente como un territorio de contrabando. Surgieron laboratorios clandestinos en la profundidad de la selva de Pucallpa y a lo largo de la porosa frontera brasileña, pero, sobretodo, en el altiplano boliviano del valle de Cochabamba; un centro comercial sobre las Yungas, la canasta tradicional de coca legal boliviana.

28. NA RG 170, 0660, Caja 8, (archivo Ecuador) «Illicit Narcotic Traffic in Peru», abril de 1953. Interpol, «Traffic in Narcotic Drugs», Clandestine Laboratories, 1945-61, p.71; J. F. Casale, R. F. X. Klein, «Illicit Production of Cocaine», *Forensic Science Review* 5 (diciembre de 1993) —una más de una larga cuerda de «fórmulas» relacionadas; Edmundo Morales, *Cocaine: White Gold Rush in Peru* (Tucson: University of Arizona Press, 1989), cap. 4.

Bolivia, que experimentaba un desorden social después de la Revolución de 1952, ahora cultivaba cocaína ilícita, con docenas de pequeños laboratorios que proliferaban y desaparecían, y escándalos que desacreditaban a los altos funcionarios. La policía de drogas de EEUU se pasó la década persiguiendo bolivianos a través de la frontera, como lo hiciera con Blanca Ibáñez Herrera, la legendaria traficante asociada con los mensajeros y patrocinadores cubanos. A fines de los años cincuenta, los laboratorios de cocaína aparecieron en los remotos Buenos Aires y México, en Lima y, luego otra vez, en Tingo María en el Huallaga, así como río abajo en el aislado Uchiza.²⁹ Hacia mediados de los años cincuenta, el traslado aéreo en los puntos claves de los Andes orientales —mucho más escurridizo y eficiente— irrumpió en Panamá, México, Brasil, Ecuador y Cuba. Pero alrededor de 1958, la Habana de Batista era la capital indiscutible y más cosmopolita de los florecientes gustos por la cocaína y de las mafias interamericanas (ambos fuertemente relacionados con la prostitución). Esta mezcla de decadencia turística pronto sería desplazada por la Revolución.

A inicios de la década de 1960, los funcionarios de EEUU y de la ONU entraron en un pánico silencioso por el resurgimiento de la cocaína ilícita. Incluso los informes públicos de la FBN (entonces BNDD) contabilizaban anualmente los decomisos de la frontera estadounidense (un aproximado de mediocre calidad para el consumo), los cuales tenían el siguiente incremento en libras, no en onzas: 1960, 6 libras; 1963, 15 libras; 1967, 26 libras; 1969, 52 libras; y, en 1971, la grandiosa cantidad de 436 libras. A comienzos de la década de 1960, la INTERPOL calculó la cocaína capturada en siete puntos de abastecimiento de América Latina. En 1960, 1962 y 1964, EEUU convocó a tres importantes conferencias sobre políticas para la región, bajo la apariencia cooperativista del «Grupo Consultivo Interamericano sobre los Problemas de la Hoja de

29. INTERPOL Reports (1950-1960); NA RG 170 (DEA) 0660 Perú y Bolivia, 1953-1967; RG 170, Caja 54, «Inter-American Conferences», 1959-1966; NA RG 59 «Subject-Numeric» Files, Peru, Bolivia, Colombia, Panamá, Cuba 1963-1973; también la Biblioteca de la DEA, «Vertical Files» – Andean Region, Illicit Traffic, Routes (1970); NNUU, 28 de febrero de 1967 (TAO/LAT/72) «Report of UN Tour ... of the Illicit Traffic in Coca Leaf and Cocaine in Latin America». Ahora estoy trabajando en un ensayo que documenta esta temprana guerra, a pesar de que, extrañamente, algunos han salido antes: Andrew Tully, *The Secret War Against Dope* (Nueva York: Coward, McCann y Geoghegan, 1974), caps. 7, 13.

Coca». Pero, en realidad, EEUU estaba ansioso por empujar a la política latinoamericana a atacar la cocaína ilícita, así como a hacer realidad los programas de erradicación de la coca y, así, dejar la ilusión de la ONU. En 1966, la Gira de Estudio de la ONU dirigió sus esfuerzos a la producción clandestina boliviana, asentada ahora en Santa Cruz y en las tierras bajas de Chaparé, pero la planta ya volvía a estar vigente en su lugar de nacimiento, Perú.

Entre 1970-1973, la cocaína ilícita irrumpió sistemáticamente en los mercados de EEUU: en el año de 1973 los decomisos nacionales se cuadruplicaron a 452 kilos (de 1,000 libras) que involucraron aproximadamente 1,590 arrestos relacionados con la cocaína. La costosa droga primero atrapa la imaginación pública, como una versión benigna del viejo bálsamo de los años setenta para los nervios de los «trabajadores intelectuales» y «trabajadores sexuales». Ahora, los nuevos consumidores eran las glamorosas estrellas de rock, las elites de Hollywood, los corredores de bolsa inclinados a la diversión y una agotada clase media posnixoniana acelerada por el ascendente ritmo del disco. La cocaína entró en los principales medios: había resurgido como una antítesis de la suave, introspectiva y, a veces, política contra-cultura de las drogas de los años sesenta. En 1973, sonaron algunas alarmas: una misión del congreso se movilizó para investigar la conexión latina de la coca; se comenzaron a realizar intensos estudios de salud pública en EEUU; los doctores y psicólogos redescubrieron los textos y las lecciones de la «epidemia» de la cocaína de los años de 1890. Al comienzo, pocos pensaron que la cocaína no era más que una nueva «droga blanda». Además, los funcionarios estadounidenses en Lima comenzaron a seguir cuidadosamente la situación: el último año de los informes no secretos (1973) transmite una clara sensación de alarma, pero también se percibe en ellos la excesiva confianza y el dominio estadounidenses. Dada la exacta dosis de ayuda (un programa de entrenamiento local de sólo 28 mil dólares), este ilícito florecimiento de la coca del Huallaga pronto sería cortado de raíz.³⁰

30. DEA, «Report of the Federal Cocaine Policy Task Force» (1974); interesante material sobre el temprano re-uso en Joel Phillips y Ronald Wynne, *Cocaine: The Mystique and the Reality* (Nueva York: Avon Books, 1980), tomo IV, «Cocaine Today»; 93º Congreso, «The World Narcotics Problem: The Latin American Perspective» (marzo de 1973), 39, «Special Study Mission on Cocaine». NA RG 59, «Subject

En el Perú también se dieron avances esenciales desde abajo. En los años cincuenta y sesenta, los distritos verdes de la *Montaña* de Huánuco-San Martín se convirtieron en las zonas rurales de más rápida expansión en el país, mientras que los campesinos hambrientos de tierras llegaban por las promesas de parcelas gratuitas y nuevos cultivos comerciales. El presidente Fernando Belaúnde (1963-1968), el ambicioso «desarrollista» apoyado por EEUU, incorporaría a la selva Central como parte de la política oficial: sería la inmensa frontera (en la «conquista del propio Perú») y el nuevo corazón del Perú. Los caminos a la selva aceleraron, dentro de una política y colonización nacionales, el cambio a una inquietante reforma agraria nacional que resultaría conflictiva en otros sitios. A fines de los años sesenta, la vieja estación agraria estadounidense había fracasado, pues fue sobrepasada por la Universidad Técnica Regional de Tingo María, que ahora sería el polo comercial más dinámico del Huallaga. El régimen militar izquierdista del general Juan Velasco (1968-1975) tuvo la esperanza de intensificar la presencia y los servicios estatales peruanos para, por fin, fraccionar los latifundios, pero en 1972 todo este experimento nacional se vino abajo. Las regiones de la selva y miles de familias campesinas colonizadoras, de pronto fueron abandonadas a su destino, desamparados siquiera de cierta dosis de la autoridad social tradicional. En Bolivia, también se presentaría una dinámica paralela y simultánea de proyectos públicos para el desarrollo y la colonización, los cuales buscaban el ascenso de Chaparé como la segunda mayor región de coca ilícita de los Andes.

La memoria popular sitúa aquí los orígenes de la prosperidad de la coca en el valle del Huallaga, como el regreso a un producto confiable cuando nada más era comercial, entre esperanzas perdidas de una vida mejor.³¹ En 1974, los periódicos locales hablaron de ciertas leyendas

Numeric» Perú (SOC 15), Cajas 3029, 3105 (1970-1973). La relación de la cocaína con la cultura disco de los años setenta, no puede ser suficientemente enfatizada; entre otras cosas, nadie puede haber bailado esa «música», menos escucharla, sin asistencia química.

31. *La Trinchera* (Huánuco), todo 1974-1975; NACLA, *Report on the Americas* «Peru: The Real Green Revolution», (investigaciones de Kawell y Gutiérrez) 12/6 1989; Cotler, *Drogas y política en el Perú*, parte 4; Deborah Poole y Gerardo Rénique, *Peru: Time of Fear* (Nueva York Monthly Review Press, 1993).

relacionadas con una temeraria nueva clase de «Narcos» locales, asentados alrededor de Tingo María.

Esta región sin fronteras, rica en raíces históricas de coca y con un campesinado sin tierras que se encontraba a la deriva, significaba una oportunidad para quien quisiera tomarse la molestia de organizarlos, sean estos los colombianos con Piper Cubs (avionetas) y dólares de mediados de los años setenta, o las posteriores guerrillas maoístas con armas, normas y protección a sus actividades ilegales. Los gobiernos peruanos toleraron, por su excesiva debilidad, el comercio, a medida que su país caía en dos décadas de incesante caos político y social, una crisis de autoridad estatal y de subsistencia popular, sólo comparables al fracaso del Perú en la Guerra del Pacífico (que había dejado a la posteridad la industria legal de cocaína un siglo antes). El Huallaga —y sus campos de coca en expansión— también se encontraba, tanto geográfica como políticamente, fuera de la muy preocupada imaginación limeña. Así que resulta fácil llegar a comprender la forma en que las administraciones peruanas subsiguientes, tal como estaban, entendían las drogas como un problema «interno» y una obsesión de la política externa estadounidense; aparentemente una perspectiva válida, si sólo hubiera habido alguien ahí para escucharla. La siguiente vez que los estadounidenses entraron al Huallaga, a mediados de la década de 1980, fue a su base de fuego «Santa Marta», el cercado cuartel general, construido para una intensa guerra regional contra la cocaína. Los cultivadores de coca bajaron rápidamente a fronteras aún más escabrosas; hacia 1992, el Perú tenía cerca de 129 mil hectáreas de este cultivo ilícito; para entonces, su capacidad total de cocaína criminal sobrepasaba las 1,000 toneladas.

A comienzos de los años de 1970, el camino de la cocaína recorría las ondulantes praderas del Huallaga y las tierras bajas de Bolivia hasta la costa de Chile, donde se procesaba y embarcaba. Esto llegó a su fin con un general respaldado por los estadounidenses en 1973, que cambiaría por fin el destino de la cocaína hacia Colombia, a mediados de la década de 1970. Colombia, una sociedad en sí misma desenmarañada por décadas de ilegalidad y resistencia civil (con secuelas de *La Violencia* de los años cincuenta), poseía vibrantes empresarios con mucho dinero (en el decadente Medellín), una tradición de contrabando costero (de cigarrillo y luego de marihuana para EEUU), y una diáspora de trabaja-

dores que emigraban a lugares como Queens o Miami.³² Colombia tenía una escasa cultura de coca pero, por irónico que parezca, había sido el Estado de América Latina que, desde los años treinta, más se apasionó por las cruzadas antidrogas de EEUU.

El nuevo mercado de la cocaína estaba, hasta cierto punto, construido políticamente en el norte, y obedecía a las leyes de hierro de las drogas: la supresión de material más suave lleva, la mayoría de las veces, a uno más fuerte. A comienzos de los años setenta, Richard Nixon motivó políticamente la guerra de la frontera con México en contra del grueso volumen de marihuana importada en los años sesenta —el modo en que Nixon rechazó al movimiento estudiantil—, mientras que sus oportunas medidas enérgicas, al estilo de Hollywood, contra la heroína de la «Conexión Francesa» en la posguerra empujaron a los consumidores de drogas hacia la cocaína. Del mismo modo lo hizo la retórica oficial de la época, que ya no resultaba verosímil, acerca de la marihuana (si era mentira todo lo que se decía de la «hierba», ¿qué pasaba con la coca?), junto con usuarios buscando desesperadamente sustitutos de la heroína (las clínicas de metadona llegaron a ser un lugar en que se iniciaba el uso de cocaína) y las anfetaminas en las calles (en tanto el *speed* mata). De este modo, muchos adoptaron a la cocaína como la droga menos dañina o la más suave y placentera; y, dado el acoso sobre la importación y las rutas de otras drogas, difícilmente se necesitaba una brújula para descubrir que el futuro de la cocaína dependía del alto costo, poco peso, y facilidad para esconderla a través del floreciente sur «latino» de la Florida.

32. Un esquema de los orígenes es Jorge Olmedo Melo, «The Drug Trade, Politics and the Economy: the Colombian Experience», en Elizabeth Joyce y Carlos Malamud (eds.), *Latin America and the Multilateral Drug-Trade* (Londres: MacMillan, 1997), 63-96; también, Antonil [Anthony Henman], *Mamacoca* (Londres: Hassle-Free Press, 1978) vive el cambio; Francisco E. Thoumi, «Why the Illegal Psychoactive Drugs Industry Grew in Colombia,» *Journal of Inter American Studies and World Affairs* 34/3 (otoño del 92), 37-64; DEA Intelligence Division, «Worldwide Cocaine Situation,» 1992 (Washington D.C., octubre de 1993). Sobre el régimen anti-drogas de Nixon, Edward Jay Epstein *Agency of Fear: Opiates and Political Power in America* (Londres: Verso, ed. rev., 1990) sigue siendo indispensable. Una aguzada mirada a las paradojas de las raíces de la guerra de las drogas es Jaime Malamud-Goti, *Smoke and Mirrors: The Paradoxes of the Drug Wars* (Boulder: Westview Press, 1992); en casa, Philippe Bourgois, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

A fines de la década de 1970, los grupos colombianos controlaban puntos clave del procesamiento y distribución de la cocaína ilícita, trayendo una mentalidad comercial, hasta entonces desconocida, de centro de distribución para el comercio, como lo era el uso de aviones de carga llenos de cocaína. El brillo de la cocaína llegó y poco después dejaría —a causa de las epidemias de violencia causadas por la droga ilícita— un sendero de sangre, pánico y ganancias desde el sur del Bronx hasta Medellín. Todo era socialmente instrumental para el posterior ascenso del estatus de la coca, de droga suave a «droga fuerte»; pero también resultó inevitable que la cocaína descendiera de prestigio racial y de clase. La nueva advertencia médica de la red de EEUU observó con impotencia el aluvión que se venía. El consumo de la cocaína creció a pasos agigantados en los años ochenta, de modo que los innovadores campesinos colombianos y los trabajadores peruanos y bolivianos, se mantuvieron a la altura o más allá de la demanda.

El resto, se supone, es «historia». Los estrepitosos años ochenta de Reagan-Bush, se convirtieron en la gran década del siglo para la cocaína. Esta década mantuvo afinidades culturales con la idea superficial de enriquecerse con la cocaína (la avaricia y el exceso estaban ahí otra vez), y, desde abajo, sus profundas desigualdades sociales eran atendidas por las temidas y raciales explosiones del *crack* de la cocaína al menudeo. Los escándalos sobre los «bebés del crack» (desde entonces muy en duda), las pruebas militares de drogas en el frente interno, la tierra del nunca jamás de Nancy de «sólo di no», la cruel condena discriminatoria contra el *crack*, las fotos de la «Iniciativa Andina» y el ritual de la certificación de buenos y malos aliados antidrogas, no contuvieron ni el uso ni el flujo. Con la cocaína, el cambiante «efecto del globo» de drogas ilícitas continuó, dada la espectacular movilización de la droga y los márgenes de ganancias. Por ejemplo, cien dólares de coca campesina, finalmente proveen un «valor en las calles» de 250 mil a un millón de dólares en el norte. El concepto de EEUU de la contraofensiva de guerra en los años ochenta significaba *elevantar* los costos de la droga para los probables usuarios. De hecho, entre 1980 y 1988 el precio de la cocaína en el mercado, realmente bajó de 60 mil a 10 mil dólares por kilo (dado el riesgo de bonificación, los proveedores sobre invirtieron en este cultivo), haciendo que la cocaína estuviera disponible para las

masas.³³ Cuando a principios de la década de 1980 los funcionarios de EEUU se movilizaron para cortar el canal entre Medellín y Miami, los señores de la droga de Cali y del norte de México se convirtieron en los nuevos interlocutores ricos, y en blancos considerablemente más resistentes, tanto geográfica como políticamente.

La intensa guerra de EEUU contra las drogas de fines de los años ochenta, trajo nuevas fronteras y líneas de frente militarizadas contra la coca en 1990. A mediados de los años noventa, un nuevo Estado peruano, fuertemente armado por Alberto Fujimori, se reafirmó a sí mismo y se abrió paso especialmente en el valle del Huallaga, que ahora reducía sustancialmente la exportación peruana de coca y pasta básica de cocaína. Ahí, los precios cayeron vertiginosamente, los riesgos cambiaron otra vez y los agotados pero aún conscientes campesinos del Huallaga cambiaron de bando, a un Estado peruano renovado. De este modo, un Perú cada vez más autoritario se convirtió en uno de los mejores aliados de EEUU. Entonces, los campesinos sin tierra de la guerrilla se fueron al sudeste colombiano, donde rápidamente aprendieron la cultura de la coca-cocaína (e incluso se diversificaron a la de la heroína de alta potencia) y esta región emergió como la plataforma de drogas integrada de las Américas, contra la que estamos por librar una guerra.³⁴ La cocaína sigue siendo una droga completamente boyante en EEUU —y ahora lo es mucho más— a pesar de que felizmente el uso del crack por parte de los afroamericanos ha disminuido en los últimos años (por inesperadas razones demográficas y sociales), con una predecible repercusión en la heroína. Toda una generación de jóvenes de color ha experimentado el encarcelamiento en vez de, digamos, educación y trabajos decentes, y

33. De David T. Courtwright, *Violent Land: Single Men and Social Disorder from the Frontier to the Inner City* (Cambridge: Harvard University Press, 1996), cap. 12, «The Crack Era», 254. Este precio, lógicamente, debió desvanecer la urgencia popular por las demoníacas conspiraciones de la «CIA», sobre el ascendente crack, a pesar de que uno necesita otro salto de fe para comprender la admirable estupidez de las políticas que lo alimentaban.

34. Cotler, Julio *Drogas y política*, cap. 4, esp. Cuadro 6: El cultivo de la coca del Perú cayó 43 por ciento en los años de 1990 (alrededor de 1999, la DEA sostiene la reducción del 2/3s); los cultivos de Bolivia también cayeron, mientras que la porción colombiana subió al 98 por ciento —con el posterior «Ratcheting Up» (fraseología de la DEA) colombiano, a fines de los años de 1990. F. Thoumi ofreció la tesis de la «ausencia del Estado» como lo que condujo hacia la cultura de la coca, en el Perú.

ello a causa de la cruz de nuestras draconianas leyes anticocaína. Con todo, los cruzados antidrogas de EEUU, desde 1910, continúan interpretándolas como progresos «exitosos» y lentos, como la proverbial luz del túnel.³⁵ Irónicamente, en los Andes la nueva línea dura contra los criminales de la cocaína ha entrado en un periodo de visiones más suaves y amistosas, al menos entre el sector intelectual de la coca *per se*: el símbolo cultural sobreviviente de los «indígenas» fue pregonada una vez más como una hierba curativa, semejante al Ginseng coreano o a la Kava de la Micronesia (aunque la Convención Única de Estupefacientes de la ONU todavía la prohíbe).

Los legados y paradojas de esta época fluyen en nuestro presente histórico y, si se les permite hacerlo, también hablan por sí mismos. Lo «ilícito» en la cocaína global iba de cero, a unas cuantas onzas de coca andina, hasta libras y, bajo la presión, subió a lo que ahora es medido rutinariamente en cientos de toneladas al año. El gran enigma aún puede ser mencionado: la política norteamericana antidrogas, impulsada por la demoníaca cocaína, todavía es peleada por generales que hablan con metáforas y tácticas militares contra un enemigo «extranjero», como si todos fueran herméticos a los análisis racionales y a un siglo de errores y al daño social interno. Un enérgico sociólogo peruano ya ha resumido bien este punto. Las drogas ilícitas —como lo muestra este profundo nexo histórico EEUU-Perú, entre la coca y la cocaína— «tejen un conjunto de contradictorios actores e intereses, legales e ilegales, internacionales y nacionales, públicos y privados...»³⁶ Las confusas contradicciones vienen de muy atrás y no se ve para cuándo terminarán.

35. U.S. Bureau of International Narcotics and Law Enforcement Affairs, *International Narcotics Control Strategy Report* (Washington D. C.: marzo del 2000); véase en especial «Policy and Program Overview for 1999,» 35-45. Andrew Weil, «The New Politics of Coca», *The New Yorker*, 15 de mayo de 1995, 70-80; *Human Rights Watch Report* (Nueva York, junio del 2000). «United States: Punishment and Prejudice: Racial Disparities in the War on Drugs» – En promedio, los afroamericanos sufren ocho veces más persecución/procesamiento que los blancos (¡treinta y cuatro veces en el Distrito de Columbia!), y se debe, en su mayoría, por la cocaína. Un comentario: si nuestra espléndida guerrilla en Colombia remotamente demuestra ser «exitosa», el resultado probable será la diseminación de la cultura de la coca y de redes altamente tecnificadas de cocaína a áreas tan nuevas como Sudáfrica (donde ha comenzado la ruta) y posteriores espirales dentro del siglo XXI.

36. Cotler, Julio *Drogas y política en el Perú*, 263. Incluso nuestros guardianes públicos pueden lucrar con un montón de libros recientes dejando de lado el problema bási-

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALBORNOZ, Mariano

1885 *Breves apuntes sobre la región amazónica*. Lima: Imp. El Progreso.

ANSLINGER, Harry J.

s/f Artículos en Historical Collections and Labor Archives, Pennsylvania State University Library.

ANSLINGER, Harry J. y William F. Tompkins

1953 *The Traffic in Narcotics*. Nueva York: Funk y Wagnalls.

ARMADA DE EE.UU

1875 «Report on Coca or Cuca». En: *Sanitary and Medical Reports*. Washington.

ARCHIVO REGIONAL DE HUÁNUCO

1932 «Manufacture of the Derivatives of the Coca Leaf in Peru» de Burdett, 22 abril.

1943 «The Coca Industry in Peru» (mecano, Rahway NJ, 1943) de Emile R. Pilli de Merck, DEA Library and Information Center, Pentagon City VA).

1949 «Inventario de Fábrica de Cocaína», Leg. 33 # 463, Soberón.

1947 Perú, *Acción Oficial en el Desarrollo Agropecuario de la Colonización de Tingo María*. Lima.

ASHLEY, Richard

1975 *Cocaine: Its History, Uses and Effects*. Nueva York: St. Martin's.

BAUM, Dan

1996 *Smoke and Mirrors: The War on Drugs and the Politics of Failure*. Nueva York: Little, Brown & Co.

BERTRAM, Eva; Morris Blackman *et al.*

1996 *Drug War Politics: The Price of Denial*. Berkeley: University of California Press.

BLOCK, Alan A.

1979 «The Snowman Cometh: Coke in Progressive New York», *Criminology* 17/1, mayo. archivos 75-99 de Jerusalén (del Kehillah de N.Y.)

- BOURGOIS, Philippe
1995 *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BÜES, Carlos
1911 *La Coca: Apuntes sobre la planta, beneficio, enfermedades y aplicación*. Lima: Ministerio de Fomento.
- BURROUGHS, William S. y Allen Ginsberg
1975 *The Yaje Papers*. San Francisco: City Lights.
- BYCK, Robert (comp.)
1974 *The Cocaine Papers by Sigmund Freud*. Nueva York: Stonewall Books.
- CLAWSON, Patrick L. y Rensselaer W. Lee III
1996 *The Andean Cocaine Industry*. Nueva York: St. Martins Press.
- CONSUL GENERAL GIBBS
1886 «The Coca plant». En: Leonard's Illustrated Medical Journal, abril.
- COOPER, Frederick y Ann Stoller (eds.)
1997 *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*. Berkeley: University of California Press.
- COTLER, Julio.
1999 *Drogas y política en el Perú : la conexión norteamericana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos IEP.
- COURTWRIGHT, David T.
1995 «The Rise and Fall of Cocaine in the United States», en: Jordan Goodman, Paul E. Lovejoy y Andrew Sheratt (eds.), *Consuming Habits: Drugs in History and Anthropology*. Londres: Routledge.
1996 «The Crack Era» en: *Violent Land: Single Men and Social Disorder from the Frontier to the Inner City*. Cambridge: Harvard University Press.
- CUETO, Marcos
1989 *Excelencia científica en la periferia: actividades científicas e investigación biomédica en el Perú 1890-1950*. Lima: Grade.

- DRUG ENFORCEMENT ADMINISTRATION DEA
1974 «Report of the Federal Cocaine Policy Task Force».
1993 «Worldwide Cocaine Situation» (1992). Washington D.C., octubre.
- DE KORT, Marcel
1999 «Doctors, Diplomats, and Businessmen: Conflicting Interests in the Netherlands and Dutch East Indies, 1860-1950». En: Gootenberg (ed.), *Cocaine: Global Histories*.
- DERTEANO, M. E.
1914 «Informe sobre la coca en la isla de Java» en: *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores* 1919, mayo. Hong Kong.
- EDWARD JAY EPSTEIN AGENCY OF FEAR
1990 *Opiates and Political Power in America*. Londres: Verso, ed. rev.
- FERREYROS, César
1949 «Tingo María, ciudad adolescente». En: *El Comercio*. Lima.
- FRIMAN, Richard
1996 *NarcoDiplomacy: Exporting the U.S. War on Drugs*. Ithaca: Cornell University Press.
1999 «Germany and the Transformation of Cocaine». En: Gootenberg (ed.), *Cocaine: Global Histories*.
- GAGLIANO, Joseph
1994 *Coca prohibition in Peru: The Historical Debates*. Tucson: University of Arizona Press.
- GARLAND, Alejandro
1907 *El Perú en 1906*. Lima: Imp. del Estado.
- GEREFFI, Gary y Miguel Korzeniewicz (eds.)
1994 *Commodity Chains and Global Capitalism*. Westport CT: Greenwood Press.
- GOOTENBERG, Paul
1993 *Imagining Development: Economic Ideas in Peru's 'Fictitious Prosperity' of Guano*. Berkeley: University of California Press. [Existe edición en castellano del Instituto de Estudios Peruanos, 1998].
2000 «Rise and Shine of a National Commodity: Peruvian Cocaine, 1885-1910» en: Kitz, *et al.* Ms. Washington: Wilson Center, marzo.

- 2000 «From Imagining Coca to Making Cocaine» Ms. Washington: Wilson Center, abril.
- 2000 «Merchandise N° 5: A Secret Ingredient in the Making of U.S. Cocaine Policy in Peru, 1915-1965» Ms. Nueva York: Wilson Center, junio.
- GOOTENBERG, Paul (ed.)
1999 *Cocaine: Global Histories*. Londres y Nueva York: Routledge.
- GRAY, Mike
1998 *Drug Crazy: How we got into this mess and how we can get out*. Nueva York: Random House.
- GRINSPOON, Lester y James Bakalar
1977 *Cocaine: A Drug and its Social Evolution*. Nueva York: Basic Books.
- HACKING, Ian
1999 *The Social Construction of What?* Cambridge: Harvard University Press.
- HENMAN, Anthony
1978 *Mamacoca*. Londres: Hassle-Free Press.
- JONES, Jill
1997 *Hep-Cats, Narcs and Pipe-Dreams: A History of America's Romance with Illegal Drugs*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- JOSEPH, Gilbert; Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore (eds.)
1998 *Close Encounters of Empire: Writing the Culture History of U.S.-Latin American Relations*. Durham: Duke University Press.
- JOYCE, Elizabeth y Carlos Malamud (eds.)
1997 *Latin America and the Multilateral Drug-Trade*. Londres: MacMillan.
- KAPLAN, Amy y Donald Pease (eds.)
1993 *Cultures of United States Imperialism*. Durham: Duke University Press.
- KARCH, Steven B.
1998 *A Brief History of Cocaine*. Boca Ratón: CRC Press.

- 1999 «Japan and Cocaine Industry of Southeast Asia, 1860-1944». En: *Cocaine: Global Histories*
- KAWELL, JoAnn
1997 «The Essentially Peruvian History», Ms. sin publicar. Berkeley.
1997 «Going to the Source». Ms, Berkeley CA.
- KENNEDY, Joseph
1985 *Coca exotica: the illustrated history of cocaine*. Nueva York: Cornwall Books.
- KHON, Marek
1992 *Dope Girls: The Birth of the British Drug Underground*. Londres: Lawrence y Wishart.
- LAUSENT-HERRERA, Isabel
1989 «La presencia japonesa en el eje Huánuco-Pucallpa entre 1918 y 1982». En: *Revista Geográfica N° 107*. México.
- LA TRINCHERA (HUÁNUCO)
Años 1974-1975
- LISSÓN, Carlos
1887 *Breves apuntes sobre la sociología del Perú en 1886*. Lima: Imp. Gil.
- LLOYD BROTHERS
1913 «A Treatise on Coca (Erythroxyllon Coca)». Cincinnati.
- LORENTE, S. y B. Caravedo
1927 «Bases fundamentales para la organización de la defensa social contra la toximanía». VIII Conferencia Sanitaria Pan-Americana. Lima, 12-20 de octubre.
- LUTZ, Tom
1991 *American Nervousness 1903: An Anecdotal History*. Ithaca: Cornell University Press.
- MALAMUD-GOTI, Jaime
1992 *Smoke and Mirrors: The Paradoxes of the Drug Wars*. Boulder: Westview Press.

- MASSING, Michael
1998 *The Fix*. Nueva York: Simon y Schuster.
- MCALLISTER, William B.
2000 *Drug diplomacy in the twentieth century: an international history*. Londres y Nueva York: Routledge.
- MCWILLIAMS, John C.
1990 *The Protectors: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics*. Newark: University of Delaware Press.
- MINTZ, Sidney
1985 *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. Nueva York: Viking Penguin.
- MORALES, Edmundo
1989 *Cocaine: White Gold Rush in Peru*. Tucson: University of Arizona Press.
- MORGAN, H. Wayne
1974 *Yesterday's Addicts*. Norman: University of Oklahoma Press.
- MORTIMER, William Golden
1901 *History of Coca: «The Divine Plant» of the Incas*. Nueva York. Reimpreso por Fitzhugh Ludlow Memorial Library, San Francisco 1975.
- MUSTO, David
1973 *The American Disease: Origins of Narcotic Control*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
1989 «America's First Cocaine Epidemic». En: *Wilson Quarterly*.
- NACLA REPORT ON THE AMERICAS
1989 «Peru: The Real Green Revolution», investigaciones de Kawell y Gutiérrez.
- NADELMANN, Ethan
1993 *Cops Across Borders: The Internationalization of U.S. Criminal Law Enforcement*. University Park: Penn State Press.

- OFICINA DE ASUNTOS EXTERIORES DE GRAN BRETAÑA (PRO FO, FOREIGN OFFICE)
1895-1910 *Chemist and Druggist* (Londres).
1909 «Memorandums on the Production, Distribution, Sale and Physiological Effects of Cocaine». 228/2202 («Cocaine» 1909/10), Imperial Institute, Diciembre.
1974 *The Opium Trade, 1910-1941*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources.
- OFICINA FEDERAL DE NARCÓTICOS (ANUARIO)
1926-1940s «Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs».
- PAZ SOLDÁN
1929-1939 *La Reforma Médica*. Lima.
1929 «El problema médico social de la coca en el Perú». En: *Mercurio Peruano* 19. Lima
1936 *La coca peruana: memorándum sobre su situación actual*. Lima: Sociedad Nacional Agraria.
- PENDERGRAST, Mark
1993 *For God, Country and Coca-Cola*. Nueva York: Scribner.
- PHILLIPS, Joel y Ronald Wynne
1980 *Cocaine: The Mystique and the Reality*. Nueva York: Avon Books
- POOLE, Deborah y Gerardo Rénique
1993 *Peru: Time of Fear*. Nueva York: Monthly Review Press..
- REID, William
1918 «Coca: Plant of the Andes». Washington D.C.: Pan-American Union, Folleto «Commodities of Commerce». Reimpreso en 1937.
- RUSBY, Henry Hurd
1933 *Jungle Memories*. Nueva York y Londres: Whittlesey house, McGraw-Hill Book Company, Inc.
- SEARLE, W.S.
1881 *A New Form of Nervous Disease Together with an Essay on Erythroxyton Coca*. Nueva York: Fords, Howard y Hulbert.
- SCHERZER, Karl
1861 *Narrative of the Circumvention of the Globe by the Austrian Frigate Novara*. Londres: Saunders, Oatley & Co.

- STEVENS, Jay.
1987 [1953-63] *Storming heaven : LSD and the American dream*. Nueva York: Perennial Library.
- SPILLANE, Joseph F.
2000 *Cocaine: From Medical Marvel to Modern Menace in the United States, 1884-1920*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- SMITH, Mickey C.
1991 [1985] *A Social History of the Minor Tranquilizers*. Nueva York: Pharmaceutical Products Press.
- TAYLOR, Arnold H.
1969 *American Diplomacy and the Narcotics Trade*. Durham: Duke University Press. Actualización por McAllister, *Drug Diplomacy*.
- THE COMMISSION ON NARCOTIC DRUGS CND
1950 Segunda y quinta sesión. «Report on the Commission of Enquiry on the Coca Leaf», Suplemento Especial N.º 1. Lake Success, Nueva York, mayo.
- THOUMI, Francisco E.
1992 «Why the Illegal Psychoactive Drugs Industry Grew in Colombia». En: *Journal of Inter American Studies and World Affairs* 34/3.
- TULLY, Andrew
1974 *The Secret War Against Dope*. Nueva York: Coward, McCann y Geoghegan.
- TWAIN, Mark
1991 «The Turning Point in my Life». En: J. Strausbaug y D. Blaise (eds.), *The Drug User*. Nueva York: Blast Books.
- ULLOA, J.C.; N. Colunga y J. de los Ríos
1889 «Informe sobre la Coca». En: *La Crónica Médica*. Lima.
- U.S. BUREAU OF INTERNATIONAL NARCOTICS AND LAW ENFORCEMENT AFFAIRS
2000 «Policy and Program Overview for 1999». En: *International Narcotics Control Strategy Report*. Washington D. C., marzo.

- WALKER III, William
1981 *Drug Control in the Americas*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- WEIL, Andrew
1995 «The New Politics of Coca». En: *The New Yorker*, 15 de mayo.

ÚLTIMOS DOCUMENTOS DE TRABAJO

118. *Los dilemas no resueltos de la descentralización*. Romeo Grompone. 2002
119. *Conciencia criolla y espiritualidad en Lima colonial. Vida del extático y fervoroso Padre Juan de Alloza (1597-1666)*. Alexandre Coello. 2002
120. *Propuesta metodológica para consignación de costos de programas de agua y saneamiento en zonas rurales*. Carolina Trivelli, Hildegardi Venero y Johanna Yancari. 2002.
121. *Las trampas de la focalización y la participación*. Martín Tanaka y Carolina Trivelli. 2002.
122. *Percepciones ciudadanas sobre el proceso de descentralización del Estado*. Patricia Zárate. 2002.
123. *El Instituto de Estudios Peruanos de la ambición teórica de los años sesenta al estupor fáctico ante el fujimorismo*. Juan Martín Sánchez. 2002.
124. *¿Somos o no descentralistas? Análisis de una encuesta de opinión en el Perú*. Carolina Trivelli. 2002.
125. *La dinámica de los actores regionales y el proceso de descentralización: ¿el despertar del letargo?* Martín Tanaka. 2002.
126. *Acequias y gallinazos: salud ambiental en la Lima del siglo XIX*. Jorge Lossio. 2002.
127. *El centralismo peruano en su perspectiva histórica*. Carlos Contreras. 2002.
128. *El crédito para agua y saneamiento rural: una propuesta*. Carolina Trivelli. 2002.
129. *La batalla por la interoceánica en el sur peruano: ¿localismo o descentralismo?* Eleana Llosa. 2003.
130. *Último mapa político: análisis de los resultados de las elecciones regionales*. Carlos Meléndez. 2003.